



Narrativa

CREACIÓN **injuve**

2011



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE SANIDAD POLÍTICA SOCIAL
E IGUALDAD

injuve

Narrativa



DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO DE LA JUVENTUD

Gabriel Alconchel Morales

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE PROGRAMAS

Isabel Vives Duarte

JEFA DEL ÁREA DE INICIATIVAS

Anunciación Fariñas Lamas

JURADO

PRESIDENTA

Mónica Vergés Alonso

Jefa de Servicio del Área de Iniciativas. Injuve

VOCALES

Belén Gopegui

Escritora

Salvador Gutiérrez Solís

Escritor

Carlos Pardo

Poeta

Marta Sanz

Escritora

SECRETARIO

Javier Barón

Instituto de la Juventud

DISEÑO / IMAGEN DE PORTADA

Carrió/Sánchez/Lacasta

MAQUETACIÓN

Charo Villa

© DE LOS TEXTOS

Sus autores



NIPO: 869-11-041-6

INSTITUTO DE LA JUVENTUD

José Ortega y Gasset, 71

28006 Madrid

T.: 91 363 78 12

informacioninjuve@injuve.es

www.injuve.es

CREACIÓN **in**juve

Narrativa

ÍNDICE

Presentación	8
Gabriel Alconchel Morales Director General del Instituto de la Juventud	
Bajo el papel pintado	10
Marta Sanz	
PREMIO	
Gólgota	15
Matías Candeira	
ACCÉSIT	
Cuentos pendientes	35
Pablo Escudero Abenza	

PRESENTACIÓN

Los Premios Injuve de Narrativa y Poesía, que celebran este año su quinta edición, se han consolidado como referentes de las voces más jóvenes que desean abrirse camino en el intrincado mundo de la literatura. Pese al momento de ajustes y recortes que estamos viviendo, el compromiso del Instituto de la Juventud con los Premios Injuve a la Creación Joven ha permanecido intacto porque tenemos certeza de los beneficios que estos premios aportan a los jóvenes creadores en cualquiera de sus disciplinas. Una mirada a las carreras profesionales de los premiados en ediciones anteriores así lo corrobora.

La seriedad, el prestigio, la dedicación y rigor de los miembros del Jurado de Narrativa y Poesía Injuve 2011: Belén Gopegui, Salvador Gutiérrez Solís, Carlos Pardo y Marta Sanz, avalan la calidad de los originales premiados. Gracias a todos ellos por su trabajo.

Nuestra más sincera enhorabuena a Matías Candeira por *Gólgota* y a Pablo Escudero por *Cuentos pendientes*, premio y accésit respectivamente. No tenemos la menor duda que los galardonados se harán un hueco en el panorama literario. También nuestra gratitud y ánimo a todos los escritores que han participado y nos han enviado sus originales, estos premios quieren seguir siendo un espaldarazo y una plataforma expresiva para todos los jóvenes autores.

Cedo la palabra en el análisis de sus obras al certero prólogo de Marta Sanz. Sólo me resta decir que nuestro apoyo a la Narrativa se completa con la edición, presentación y difusión de este libro, que recoge las obras premiadas, hasta hoy inéditas.

Gabriel Alconchel Morales

Director General del Instituto de la Juventud
Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad

BAJO EL PAPEL PINTADO

Mi amigo el pintor José Luis Carrascosa expuso el año pasado un cuadro muy misterioso. Lo reproduzco de memoria, así que pido perdón porque la memoria, lejos de ser un dispositivo fotográfico, se empapa de fantasías e incluso de deseos que a veces son exactamente lo mismo. El cuadro de José Luis presenta una habitación con dos camas. El trazo es hiperrealista y tiene la textura de una foto en blanco y negro, tal vez, un poco difuminada. Vieja. Esa imagen se desprende del lienzo como un trozo de papel pintado y deja ver una nebulosa cósmica y colorida, un fondo negro sobre el que se entrelazan eléctricamente sinapsis cerebrales. El papel pintado que se usa, en el género de terror, para tapar la mancha de sangre, la cara de Bélmez, el filo de ladrillo del emparedamiento, en el cuadro de José Luis es una realidad mohína que nos impide ver la confusión —pólcroma y prometedora— que se esconde debajo de ella. Ésa fue la primera lectura de la mayoría de los que miramos el cuadro. Pero existen espectadores que son capaces de ver desde otro sitio y dar otra interpretación: ¿y si el papel no era la escena hiperrealista del dormitorio triste, sino la nebulosa, las sinapsis, el estampado eléctrico?, ¿por qué damos por sentado que por debajo de lo real queda lo misterioso, lo indecible, la aventura, y nos cuesta creer que debajo de las metáforas, la sugerencia y todas las ficciones podemos darnos de bruces con la realidad?, ¿por qué tiene tanto prestigio lo escondido y lo abstracto frente a lo visible y realista?, ¿por qué somos tan religiosos —la verdad siempre está oculta— y nos complace que alguien nos controle ofreciéndonos su exégesis?, ¿quién decide qué es encima y qué es debajo, cuál es el primer y el segundo plano de la representación?, ¿por qué la imagen realista se asocia al caldo de pollo y al olor a naftalina, y para calificar lo invisible apelamos a adjetivos lisérgicos y todo huele a plexiglás?

El texto ganador y el finalista tienen algo de esa posibilidad bifronte de atrapar lo real a través de la escritura: bajo la fantasía macabra o la metaliteratura, laten cuestiones que nos afectan a todos que somos de carne y de hueso y nos damos cuenta de que no estamos soñando

sin necesidad de que nos pellizquen. En *Gólgota*, Matías Candeira (1984) esboza una *nouvelle* de terror: las cosas familiares se vuelven extrañas desvelando lo siniestro. Bajo esa extrañeza posible en el ámbito de una realidad que lo abarca todo, existen capas de horror que tal vez ya se han filtrado por las paredes de las habitaciones con dos camas, por las vidas de familias convencionales, por las arterias por las que discurre y se estanca la enfermedad. El calificativo para definir el texto de Matías Candeira es *perturbador* que, en este caso, no es una palabra hueca ni una consigna publicitaria. Las páginas de *Gólgota* duelen —como un corte—, provocan inquietud y apuntan hacia una literatura enferma en un mundo enfermo. En *Gólgota*, como en un óleo de los maestros de Flandes, el palimpsesto —el dibujo escondido bajo otras capas de pintura, lo oculto que sale a la luz por la acción de la espátula, la trementina y los rayos X constituye otra metáfora de la obscenidad inmanente al terror: sacar a escena lo que debería permanecer en la sombra, las vísceras de la res abierta en canal. Si leer es haber leído, barrunto en la marca de agua y la caligrafía de *Gólgota* obsesiones que encontré en *El insensible* (Salamandra, 1997) de Andrew Miller y en una de las películas más complejas, gélidas y emocionantes de los últimos años: *Déjame entrar* (Tomas Alfredson, 2008) basada en la novela de John Ajvide Lindqvist. En *Gólgota*, una voz narrativa en primera nos relata una historia a través de la que el lector se ve abocado a repensar la normalidad, lo turbio y lo aparente, el juego con los límites y las concesiones del amor, el dolor como camino de redención, líquido desinfectante o veneno. Mientras tanto, una mujer profundiza en las laceraciones que se dibujan sobre su piel, un mapa en cuyo último recodo quizá se encuentre a sí misma. *Gólgota* es el lugar de la crucifixión de Jesucristo. La escritura es una mancha roja sobre la nieve. Un trazo signifiante. Una acción donde la sensorialidad del estilo es una forma de conocimiento.

Pablo Escudero (1984) también bascula sobre el reborde que separa la rancia habitación, del plano mágico e inaprensible en su ausencia de contornos. Los *Cuentos pendientes* de Escudero sugieren que el hiperrealismo es un modo de estilización de la realidad, que no existe una realidad pura, que uno no puede ausentarse de la vida, que la vida también está hecha de textos aunque no solo. A fin de cuentas, el cuarto de José Luis no es *lo real* sino el retrato de lo real que se

distorsiona por efecto del blanco y negro: una opción que concede a lo extraño de la realidad, la verosimilitud del papel de periódico. Porque algunas mentiras dicen la verdad. Pablo Escudero se coloca sobre ese confuso borde de separación entre lo vivo y lo pintado, no desde la perspectiva del género de terror, sino desde una opción metaliteraria cuya virtud consiste en no resultar hagiográfica ni complaciente. Escudero no traza círculos viciosos sobre la escritura y los escritores, sino que cuestiona la existencia del borde mismo. La falsedad de ciertas antítesis. Y lo hace a través de algunos relatos estupendos como el del superhéroe o el del director del club de lectura de la biblioteca que es a la vez un escritor bloqueado o el cuento de un doble que asume la voz de Vila-Matas. Escudero cataloga, con sentido del humor, formas de vida marcadas por la literatura. Documentales de la 2. Animales literarios: ingenuos, vulnerables, ilusos, ratones de biblioteca. Aves fénix. El resultado es inevitablemente libresco, pero no resulta pretencioso ni cargante, sino divertido, crítico, y decanta un amor especial por la vivencia de la literatura: ese que *literaturiza* la vida.

La buena literatura —al menos la que me gusta a mí— es la que se atreve a romper los cristales y a traspasar el azogue para ir al otro lado que es este mismo, pero al revés. La literatura que a mí me gusta —los textos de Matías y de Pablo, el cuadro de mi amigo Carrascosa— cuestiona cada palabra que se escribe mientras se está escribiendo. Y en esa aproximación al arte subyace siempre una pregunta incómoda sobre la propia realidad.

Marta Sanz

Premio

Gólgota

Matías Candeira

Siempre tardo algunos segundos de más en abrir el cajón de los cubiertos, así que ella me tranquiliza y dirige mi muñeca hacia la suya. Lentamente, sin apenas vacilación. Es la amabilidad de una enfermera que vela a un niño para que cruce los sueños de una noche demasiado larga. Necesita estar en contacto con su sangre, eso me ha dicho muchas veces. Casi nunca he creído que me engañara y, de hecho, hace algún tiempo que ya no aparto la mirada cuando le corto la palma de la mano. Solemos usar uno de esos cuchillos pequeños que pueden esconderse en un calcetín. «Vamos», me dice, porque todavía no me he decidido; y añade lo que ya sé: que nunca ha pasado nada. Pero es cierto que necesito que me lo recuerde, una y otra vez. Necesito estar seguro de poder cortarla. Y así lo hago.

■ ■ ■

Esta mañana me ha dejado que coja su mano y la ponga ante la luz. Hacía mucho calor, y notaba el cuerpo pegajoso después de ducharme, pero no ha sido por eso por lo que he bajado la persiana. Ella me ha sentido muy inquieto cuando he contemplado el corte, profundo y húmedo, más que otras veces. Pero es mi culpa, cómo no voy a culparme. Soy yo el que insisto en hacerlo para que ella no se confíe. Su cuerpo no es una fruta en la que puedas cortar eternamente la cáscara. Desde allí veíamos el pozo de ángulos que forman los edificios de hormigón caliente, y más allá, el amanecer contaminado. No puedo negar que era hermoso. El tajo y la ventana me recordaban a la forma de dos puertas. Ella, aún la veo, cierra la mano sin darle importancia.

—Son muy parecidas, ¿a que sí? —dice.

Es como si, por un instante, hubiera recordado algo de otra vida.

Tres hilos espesos empiezan a culebrear por su antebrazo y, solo durante unos segundos, he notado que me tiemblan las piernas. Casi no tengo fuerzas para nada. Bajo ese olor he visto abrirse una hendidura en mi propia cabeza. Esa imagen que se resiste a abandonarme. Son muchos, muchísimos muebles cubiertos con sábanas en una habitación grande y luminosa, y bajo ellos, manchas inapreciables de sangre —la más oscura que ella tiene dentro— que crecen incontroladamente en la madera. Pronto se convierten en algo que no puedo abarcar con la vista. Supongo que esta clase de temblores me mantienen lúcido; que debe ser así. Pero cada día me sorprendo sintiendo menos miedo del necesario.

—Tranquilo —me responde—. Hace mucho que sabes hacerlo.

El rito me agota y necesito beberme un par de tazas de café para volver a sentir los pies sobre el suelo de la cocina. Supongo que no podría ser médico. Como mucho, alguien que sacrifica animales.

—Ve a desinfectártelo.

—Venga, hombre —repite—, tranquilo.

Y se queda esperando a ver qué ocurre.

En ese momento escuchamos unos pasos a nuestra espalda. Paula, nuestra hija, ha entrado en la cocina, y sin perder tiempo se ha sentado en las rodillas de su madre. Ha extendido su mano hacia mí de la misma forma que ella, con cierta clase de simetría heredada, con un deseo que no es propio de una niña. Ni un «hola, papá». Ni un simple buenos días. Sólo la mano y mi responsabilidad de hacerlo.

—Ahora no —le digo.

Abro el cajón de los cubiertos, desafiándolas. Respiro hondo. Vuelvo a guardar ese cuchillo que apenas se ve.

■ ■ ■

Pero es tanto tiempo. He procurado que esta costumbre que compartimos tenga la tibieza de esa primera tarde que me recuerdo como parte de su vida. Habíamos parado el coche en el borde del

barranco. Confieso que, al principio, pensé que la tarde iba a ser aburrida. Un disparo fallado a la niebla. Me imaginé volviendo a casa completamente solo, atravesando el basural y la telaraña de cobertizos de uralita que hay en la parte más alejada del valle. Me tumbaría en la cama, como hacen los muertos; luego miraría el resplandor submarino del techo hasta quedarme dormido. Cuando apagué el motor del coche, ella apoyó la cabeza en mi hombro, y recuerdo que lo hizo igual que quien espera que el mar retroceda y le muestre una lámina de paisaje desconocido; poseer con sus ojos esa franja húmeda de tierra que está entre dos mundos. Dijo entonces que sabía localizar su propia casa en el hormiguero de resplandores que eran los edificios de la ciudad. Dijo que, muchas veces desde que era pequeña, se había imaginado recorriendo un camino invisible con la misma forma del corte que tenía en el antebrazo. Su madre había muerto hacía menos de seis meses. En aquel momento bajó la cabeza y me contagió su desamparo, y no quiso contarme qué era lo que realmente había pasado con esa mujer que la había criado en un taller de coches, pero en cuanto mencionó la enfermedad mi cabeza empezó a trabajar sobre hipótesis oscuras: cortes profundos, caídas en la oscuridad, quizás los huesos quebrados de alguien que está siempre a unos metros de su propio cuerpo. Yo me prometí a mí mismo —todavía sigo cumpliendo ese precepto— que a partir de entonces no nombraría su enfermedad ni trataría de explicármela, y así podría entenderla de otro modo; podría creer que ella —que sigue conmigo— se parecía a una criatura desigual, asimétrica, que no encajaba en el mundo ni me obligaba a encajar a mí. Después sacó un trozo de cristal de la guantera. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Me pregunté si lo habría usado con otros. Bueno, es probable que sí, ¿pero qué importaba? La mayoría se habrían largado sin hacerse demasiadas preguntas. Era muy pequeño, pero la luz volcánica que entraba por las ventanas hacía que los dos no pudiéramos dejar de mirarlo. Hizo el corte ella misma. Aquel olor que conozco bien inundó el coche.

—¿Lo ves? Podrías atravesarme los tendones y no sentiría absolutamente nada.

Entonces era la chica más guapa que yo había visto y, como una vez me dijo un amigo, probablemente alguien a quien conocía desde siempre. Así que me mentí de esa forma, contemplando algo que en realidad no comprendía, forzándome. Era la primera vez de un

“nosotros” —ella apretaba el puño; ya dejaba caer unas pocas gotas sobre la tapicería del asiento—. Hasta llegué a colocar la mano en la manija de la puerta del coche. Pero en lugar de tener fuerzas para huir, me vi de pronto sin ellas.

■ ■ ■

Vienen las visitas, es casi la hora de comer.

—Pasad. ¿Queréis una cerveza?

Vienen, tocan el timbre, elevan sus voces falsamente civilizadas hasta que los reconocemos a través de la mirilla. Ella me obliga a abrirles la puerta. Al entrar nos examinan, arriba y abajo, y no ven detalles extraños en nuestros brazos, ocultos por una cantidad excesiva de ropa. Hubiera preferido estar solo y, por unas horas al menos, desperdiciar el domingo, entregarme a la pereza del calor. Pero ella ha insistido diciendo que deberíamos tratar de encajar.

Observo más tarde a mi hija Paula. Se ha sentado a mi lado cuando Jan, el ingeniero, se lleva la botella al coleteo con cierta urgencia. Suele ocurrirle a la gente que desea establecer algunos términos con sus semejantes. Imagino que alguna clase de máscara bajo la que bucear sin entrar en ningún tipo de conflicto. Sin embargo, no tengo interés en hacer que se sienta cómodo. Jan se toca el mentón hasta que encuentra un tema por el que vecinos y vecinos, durante muchas décadas, han conseguido entenderse. Alaba la decoración, dice que tiene cierta elegancia japonesa. Incluso ha tratado de sonreírme. «Hace tiempo que nosotros queremos hacer reformas. Ya tenemos unos ahorros considerables». Entonces la mujer del ingeniero asiente con la cabeza. A ella no se le conoce ocupación, «cuida de los niños», eso dice, empleando el verbo con un orgullo que transparenta falta de carácter.

—Queríamos preguntaros... —titubea el ingeniero— en fin, si os parecería bien que cogiéramos una chica para cuidar a los críos un par de días.

Pero yo no quiero que nadie observe a Paula más tiempo del necesario.

—Nos gustaría mucho que vinierais a pasar con nosotros el fin de semana que viene —continúa.

A veces lamento que mi sentido de la civilización se esfume sin avisar, como tragado por una cañería. Por un momento tengo ganas de salir de aquí, aunque asiento con la cabeza de forma laxa tratando de burlarme de la mujer. Es cierto: iría allí con esos dos, pero sólo si es para atarlos a un árbol, liberar una jauría de cerdos y alejarme mientras escucho cómo los humanos y los animales tratan de entenderse sin resultado. ¿Es que ella se ha cortado y no la he visto? A veces el olor de sus heridas aparece sin avisar. Es algo que me marea, no soy capaz de controlarlo, y soy muy consciente de que esa vaharada dulzona podría llenarme la cabeza de ideas extrañas.

—Tenemos barbacoa —escucho decir, cavernosamente, al ingeniero—. Hemos invitado también a otros vecinos. Así nos conocemos un poco mejor. De verdad, no sabéis lo bien que se está en el descampado que hay detrás de nuestra casa.

—¿Sabes? —le comento, sin darle importancia. Aunque la frase no es mía—. El campo es ese lugar horrible en el que los pollos se pasean crudos.

Pero era de esperar: él lo interpreta otra vez como un gesto de camaradería. Por eso me sonríe igual que uno de los cerdos que me he imaginado olfateando sus calcetines. Definitivamente, huele a sangre. Doy un trago porque quiero enterrar este olor. Pero pronto me doy cuenta de que no proviene de ella, sino de Paula. Le pellizco un muslo para que deje de tocarse una de sus heridas. ¿Qué ocurriría si yo dejara de velar por nuestra seguridad? Sabe que tiene que comportarse.

—Está bien, iremos —contesta mi mujer, y ni siquiera espera a que yo esté de acuerdo.

—Todavía tenemos pocos muebles en la casa —añade la mujer del ingeniero—. ¿Dónde habéis comprado el sofá? Me gusta mucho.

Se incorpora para verlo más de cerca. Está fascinada. Por lo que parece, ella nunca tendrá un gusto tan exquisito (y estúpido) como el nuestro para decorar un piso. Ya ha empezado a deslizar la mano por la tela color crema, y entonces, durante un instante, hay una fractura

en su percepción de este cuarto. La mujer del ingeniero cruza las piernas, achica los ojos y los detiene en uno de los reposabrazos. Ha localizado la única mancha visible. Reconozco que esa vez no tuvimos cuidado. Parece una bacteria pero, a la vez, un detalle totalmente inofensivo. Sin embargo, hay algo muy extraño en el color. Tiene la cualidad de algo que aún está vivo. Eso es lo que la hace apartarse; y su rostro se transforma. Del entusiasmo a la decepción.

—¿Te sientes bien? —le pregunto.

Ella no sabe muy bien qué contestar y yo me froto los ojos por el mareo. Miro a Paula con rabia; aún sigue tocándose esa herida con la punta afilada del dedo índice. La mujer del ingeniero se cambia instintivamente de sitio hasta situarse junto a su marido. Supongo que sospecha lo que puede ser la mancha pero, en algún lugar remoto de su cabeza, deshecha este pensamiento casi enseguida. Hay un límite de ideas al que cualquier persona puede llegar, y más allá de esa frontera se extiende un bosque denso y enmarañado de actos abruptos, difíciles, probablemente insoportables. Yo me levanto y les sirvo más cerveza para que ahoguen su reflejo en el líquido. La mujer del ingeniero se toca las rodillas, más calmada de lo que le permite su instinto y su prudencia. Jamás llegará a saber que esta casa es un lugar repleto de islas de sangre escondida. Son insignificantes, poco molestas. Sólo si fueran más grandes, sólo entonces, deberíamos preocuparnos. Habríamos traspasado ese límite que nosotros mismos nos impusimos. Con los años, estas gotas han ido posándose en nuestras cosas con la lentitud del agua subterránea. Sangre suya y mía, y también de nuestra hija pequeña. Sangre que bendice el sofá (pata izquierda, en la cara interior), la mesa blanca de la cocina, la cerradura húmeda de un joyero, un palo de golf, la parte cóncava del lavabo del servicio o incluso algunos cuadros, los más valiosos. Allí es una pintura sobre una pintura, aunque alguien menos osado lo llamaría simplemente deterioro o isla de humedad. Ah, si ellos sólo miraran con un poco más de atención. Pero ya regreso del mareo dulce. Ya nos despedimos mientras abro la puerta. «¿Quedamos en llamarnos, entonces?», me pregunta el ingeniero. Yo no quería esto, me aseguro —y es verdad—, pero noto una bacteria de deseo con ella cuando rodeo su cintura con el brazo. Es ese maldito olor. ¿Cómo sería cortarla en otra parte? Ya lo ha decidido, en sus ojos se ve, y supongo que no podré oponerme. Ellos apenas se dan cuenta de

cómo está mirándome, de cómo traza planes en silencio para que nuestra vida y nuestros secretos tomen la forma de un círculo. Les invito a marcharse y los miro, de nuevo, con la misma amabilidad de siempre. Jan me sonríe. Diría que este idiota pierde peso al hacerlo. Sé que, después de todo, puedo tutearlo sin que sospeche. La próxima semana, en una hora caliente, ellas servirán los platos en un salón sin amueblar. Una bombilla con forma de víscera colgará sobre nosotros y quizás oiremos el viento allí, en la oscuridad, moviendo los huesos del jardín. «Aún tenemos que decorar, falta poco». Entonces, mientras juzgamos su casa, ella y yo pensaremos una excusa para ellos e iremos a deshacer la maleta a otro cuarto. Allí sacaré el cuchillo de cocina envuelto en un pañuelo. Dejaré, por fin, que se familiarice con su forma. Exacto, que se sienta como si nunca lo hubiera visto. La primera mancha diminuta de sangre (por qué no) irá en la parte cóncava del lavabo que usa el ingeniero para enjabonarse, deshacerse de la suciedad y quitarse obsesivamente la piel muerta (Detesto a la gente que va siempre tan limpia. Quizás es una lección que he aprendido de ella). Es mejor no pensar en las siguientes manchas. Un anillo de pedida que guarden en el joyero, la esquina cuarteada del ventanal, el bulbo de la lamparita y la insignificante y nueva sombra —algo que aún está vivo, algo que permanecerá, quién sabe cuánto tiempo— proyectada sobre la pared. Encontrarán su lugar según vayan naciendo de ella.

—Bien, entonces os esperamos.

Casi asentimos al mismo tiempo.

Nuestra mirilla ve lo que ellos no ven. Su cuerpo, marcado por la costumbre secreta, y la cara interior de mi mano.

Estrecho la de Jan, y aún le miro.

■ ■ ■

Estoy nadando en un mar de agua helada que tiene un color desconocido. Yo vivía muy cerca de la playa cuando era pequeño, pero jamás he visto el mar así, aquietado como un cubo transparente donde el agua parece dibujada por las manos de un niño. Ahora el agua gigantesca se arruga con dibujos deformados de padres y

madres que parecen personas locas y allí a la izquierda está la playa y hay una niña que se arrastra por la arena. Alguien le ha hecho daño (siento asco, y mucho frío, porque quién me dice que no haya sido yo y ahora esté huyendo a través del mar). Trato desesperadamente de nadar hacia delante pero la niña siempre parece estar a la misma distancia. Entonces lo veo en las profundidades, justo bajo mis pies: es un gusano de líquido más oscuro y espeso que empieza a ascender y se enrosca en mi tobillo. Tira de mí, apenas intento resistirme. He abierto los ojos. Bajo el agua puedo ver muebles gigantescos sumergidos en el mar, todos manchados de esta marea oscura, y arriba, muy arriba, me da miedo que la niña haya dejado de moverse. Estoy en casa. Estoy aquí, respiro el mar en el cuarto. Reconozco con dificultad a Paula, sentada a los pies de la cama verde, velando por mí de la misma forma que yo velo por ella justo antes de dormirse. Su mano coge la mía. Busca con sus pequeños dedos, hasta que toca la cicatriz. No consigue que yo deje de temblar.

—Papá, ¿te duele?

■ ■ ■

Unas pocas veces he necesitado probar el límite de nuestro rito y ver hasta dónde podía llegar. Es extraño que, con el tiempo, haya espaciado esta costumbre. Ya casi no recuerdo lo que era sentir angustia del territorio al que ella y yo nos dirigíamos en nuestros primeros juegos. En aquella ocasión paseábamos por la galería comercial, separados el uno del otro por unos pocos pasos. De pronto, ella empezó a acercarse demasiado a algunas personas. Rozaba sus abrigos o las blusas a propósito, extendiendo mucho el antebrazo, con una especie de orgullo obsceno de su don. No necesitó describirme cómo se sentía. Estaba tan segura que debió de transmitirles a esas personas lo insignificantes que eran sus cortes (pero para mí no lo eran). Muy pocos miraron su piel expuesta y erosionada y sólo uno —un viejo con la piel de la cara amarillenta de fumar— se apartó con asco. Ella le aseguró que le había confundido con otra persona. Sonrió mientras volvía hasta mí. En ese momento me harté, y por eso tomé su mano y bajamos a la planta donde vendían los utensilios de cocina y las herramientas para el jardín. Tardé poco tiempo en localizar lo que buscaba. Vi la taladradora y, disimulando como podía el miedo, la cogí.

—¿Qué te parece?

Un segundo más tarde acerqué unos alicates a su cuello —«podemos hacerlo cuando Paula esté dormida»— y después una remachadora. Con cada amenaza que yo sostenía entre mis manos, ella iba poniéndose más y más nerviosa. Al final, no pudo controlarse y me empujó contra una montaña de cubos de pintura.

—Esto no es ninguna broma de mierda. Déjalo ya, joder.

El guardia de seguridad moreno nos había visto desde muy lejos. Escupió algo por el walkie y se acercó rápidamente.

—Ya lo sé —le dije en voz baja; después le obligué a que se cubriera con su propia chaqueta—. Por eso mismo. Deja de hacer el tonto y tápate el brazo.

Aquel hombre se colocó entre los dos para separarnos. La miró a ella y luego a mí, más tiempo, examinándome de arriba a abajo como a un vulgar ladrón de macetas. Los músculos se le pusieron muy rígidos. Sólo necesitaba una excusa para echarme a patadas; o algo peor.

—Señora, ¿se encuentra mal? —puso la mano en su hombro. Su cuerpo uniformado aún nos aislaba. Él lo quería así.

—Estamos bien, gracias —corté.

—No le he preguntado a usted.

Volvió a mirarla esperando que le dejara hacer su trabajo.

—Me he mareado un poco —contestó ella—. No pasa nada, le prometo que ya nos íbamos.

El guardia aún no nos quitaba la vista de encima cuando nos dirigimos a la salida de la planta. Él fue uno de los que se fijó en sus cortes.

■ ■ ■

Mientras acuesto a Paula en su cama, le digo que no, que no me duele, pero el contacto de sus dedos con mi cicatriz es parecido a un chispazo de electricidad. Cuando miro a mi hija, supongo que la veo

a ella en un estado anterior a todo, días de niños que apenas saben nada y son felices dándole un nombre las cosas del mundo. Paula es alguien que sólo ha tocado con la punta del dedo alguno de los peores deseos que puede tener una persona. Cubro su cuerpo con la manta, hasta la nariz. Luego le pregunto si alguna vez se ha cortado mientras nadie miraba.

—Hija. —Le enseño la marca—. Si alguna vez quieres saber lo que se siente, pregúntamelo a mí, ¿vale?

Me entristece que ya ni siquiera recuerde aquella vez que les describí el dolor. Tomé esa decisión ante la insistencia de ella. Quería saber cuándo cortaríamos a Paula y le hablaríamos de qué está compuesta la sangre. Todas esas precauciones que debe tomar. Eran muchas ideas (o reglas, o pesadillas) para ofrecerle de una sola vez. Nos aterraba cómo hacerlo. Recuerdo que hice una lista con letra apretada y la discutí con ella, y escribí cosas como no abusos de tu don, evita los sitios peligrosos, mira, hija, esa habitación tiene cables de electricidad sueltos; una herida que se ha infectado, lávatela porque es una madriguera de bacterias blancas. No te acerques a ese muro a punto de caerse. Esa barandilla es demasiado estrecha, puedes perder pie. De pronto había tantas posibilidades que la rompí. Comprendí que la única solución posible era que viera a alguien sufrir; y mirarla fijamente, con los ojos llenos de terror, hasta que el recuerdo se grabara a fuego.

Esa misma tarde, para que la niña se sintiera animada, fuimos al zoo. Todo el lugar parecía semiabandonado por la falta de fondos. Recorrimos los recintos gigantescos donde, probablemente desde lugares en los que no queríamos mirar, algunos animales famélicos asomaban la cabeza para seguirnos. Cada vez apretaba más la mano de Paula, aunque mi hija estaba emocionada con la visita y esos estanques cubiertos de limo endurecido en los que nada debería vivir. Me parecieron perfectamente útiles para dejar que un cadáver se hundiera. Ella también estaba con nosotros, justo a mi espalda, como una tormenta agradable o un pájaro negro que nos conocía bien y nos vigilaba. Me besó poco después, mientras nuestra hija posaba la mano en los barrotes de una jaula vacía y esperaba a que otro de aquellos animales escondidos viniera a encontrarse con ella. Me noté caminando cada vez más rápido hacia la verja negra de la salida,

como cuando presientes que la mala suerte está observándote, esta vez en campo abierto. Ella quiso tranquilizarme, pero ni siquiera la miré. Hubo un segundo, junto a una de las jaulas, en el que la forma oscura y las escamas de un animal subieron desde el fondo y se hicieron nítidas en la superficie del agua. Todo allí nos estaba mirando.

—Cuidado con acercaros demasiado a las verjas —llegué a decirles.

Lo más extraño, lo que demostró que ni mucho menos estábamos a salvo, vino cuando nos acercamos a la jaula de los osos. Acabábamos de descender unas escaleras de piedra. Fue entonces cuando una forma chocó violentamente contra la barrera de separación. Pronto fueron más. También aquel sonido, de algo que se arrastra y no ves. «Papá, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?», dijo mi hija. Aparté a las dos de la barrera. Las cabezas de las bestias se agruparon otra vez en una maraña de lenguas y colmillos y golpearon el cristal más fuerte. Había por lo menos seis osos colosales que se peleaban por estar más cerca de nosotros. Entonces, vi cómo ella escondía la mano con rapidez. Pero aún tuve tiempo de confirmar mis temores: la mancha rojiza en la venda estaba fresca. Paula empezó a llorar porque los osos rugían, enseñaban los belfos y la lengua. Me tapé la nariz. El olor que desprendían era repugnante. Lo peor era el sonido que hacían. No se parecía a las películas, eran vagidos, ruidos deformados de un animal completamente desesperado por una presa. Cada vez había más.

—No me gusta que las del colegio me miren raro —dice, quitándose la manta de encima. Ya he peinado a Paula. He hecho que sepa que estoy allí con ella, por más que no sea necesario.

—¿Y por qué te miran así?

—Porque me caigo al suelo y... y no digo nada, y Estela, Estela también se cae, mucho; y se pone a llorar porque dice que le duele. Pero cuando yo me caigo y me levanto tengo las rodillas así. Jo, papá, me miran raro. Vienen a tocarme la herida... Se ríen.

Vuelvo a apretar la mano de mi hija, porque me asusta lo suficiente su cuarto a oscuras y las sombras de los muebles donde puede esconder algo afilado y experimentar. Recuerdo que volvimos del zoo, que encendimos las luces, que yo insistí en que, por esa vez, prescindiríamos de la asepsia y la cortesía. Ellas me vieron alzar la mirada hacia las farolas de la calle y pedir algo en silencio. Me avergoncé de que fuera

sólo una cosa: volver a otra vida, y quizás, sólo quizás, que todo hubiera sido distinto. Luego le enseñé el cuchillo a mi hija. Le pregunté si sabía lo que era. Me recuerdo más tarde, de rodillas, llorando y hablándole a Paula de los estallidos de dolor, la electricidad insoportable que te recorre y te paraliza, y cómo se aprieta la mandíbula hasta que estás a punto de quebrarte por dentro. Supongo que fue ese el momento en el que yo crucé una línea invisible, cierta puerta oculta que da al interior del castillo, y todo para estar mucho más cerca de ella, peligrosamente cerca. Insistió en vendarme la mano y yo me dejé. Muy pronto, me vi a mí mismo apretando el puño con ganas para dejar que unas pocas gotas pintaran nuestro suelo. Entonces llevé a la niña a su cuarto y le pedí que se sentara en una de las sillas. Cerré la puerta. Sólo esperé. No se oía nada allí dentro. Imagino que mi hija Paula lloró esa misma noche en su habitación, dejándose invadir por la oscuridad y la imagen de los osos rugiendo. Y también la de su padre. Su padre, muy quieto, intentando no chillar de dolor tras una barrera de separación amarilla.

—Quieren jugar conmigo, Papá —continúa, acercándose más a mí—. Pero sólo para ver cómo me caigo.

Entonces me enseña los bulbos amoratados de las rodillas. Una mezcla entre heridas recientes y otras ya cicatrizadas. Algo perfectamente normal. Deseo que siga así.

—Porque no te entienden, hija —le contesto—. Pero ya se cansarán. ¿Sabes qué? La gente te deja en paz cuando no les haces mucho caso.

Le digo otra vez que no se preocupe.

—Papá...

—Hasta mañana, cariño.

La beso; y ella vuelve a coger, instintivamente, la mano que está dañada. Antes de salir, dejo encendida la lámpara que hay junto a la cama. Ojalá que mi hija pudiera mirar siempre esa luz.

■ ■ ■

Con los ojos, ella me invita hacia una habitación que hay al fondo de esta casa. Paula ya duerme en paz. Dentro de ese último cuarto hay

una mesa preparada con deleite. Le gusta echar la llave, la roja. Sé que ha empleado más tiempo del necesario en lavar los manteles y disponer la simetría de los cubiertos brillantes, y como dice ella, «está tan limpia que podríamos comer en el suelo». Ahora mismo se masajea las piernas y separa una silla de las otras. Luego enciende las velas que ha colocado en el suelo, en la repisa de la ventana, bajo el mantel (para que este lugar parezca un sol moribundo). Sabe que estoy mirando su ropa interior. Es entonces cuando, apretando la mandíbula, no puedo evitar coger su nalga con mi mano y sujetarla fuerte, muy fuerte, con la derecha, donde está la cicatriz que nos une. Hay tanto deseo en sus ojos que la hago esperar.

—¿Segura?

—No deberías preguntarme eso.

Pero mirándola me doy cuenta de que casi no recuerdo a otras mujeres antes de que mi vida creciera junto a la suya. Sé cuáles eran sus nombres, y sin embargo apenas soy capaz de rescatar el timbre muerto de sus voces bajo los árboles, la manera de presentarme a sus padres o chapotear en las piscinas públicas. (Estamos en ese bosque donde hemos corrido como salvajes; a Esther le gustaba esconderse a ras de suelo, en un cobertizo o en el útero de una fuente; en cambio, Anne se subía a las copas de los árboles y yo sabía que alguien estaba observándome, como un secreto, desde las ramas más altas). Ahora estos recuerdos no valen de nada. Sólo queda ella. Una casa, una hija, un corte después. ¿De qué sirve pensar en las vidas que no hemos tenido?

—Deja de hacerme esperar —me susurra.

Vacilo antes de rajarle la rodilla —siempre, siempre he de vacilar para ser humano—, pero el chorrito de sangre ya mancha los alimentos. Sopa, pan blanco, leche, toda clase de superficies y trozos rotundos, blanquecinos, cuanto más mejor. Mi impresión es que, aunque no me lo diga, los elige a propósito. Comemos con ansia y, cuando terminamos, nos tumbamos uno junto al otro. No entiendo por qué sigo teniendo frío. Me dice de pronto que todas las heridas tienen un sonido particular al abrirse, el movimiento perfecto. Quizás, hace mucho tiempo, su madre le confesó que si aprendía a escucharlo podría entender la enfermedad y dominarla.

—Ella sólo se equivocó una vez —dice con tristeza, con la boca demasiado apretada—. Le hubiera gustado conocerte.

Pronto estamos besándonos en la oscuridad y hacemos el amor, «no pienses en eso», le digo, intentando que me crea, «a ti no te pasará». Lamer su sexo y quererla desesperadamente a la luz de las velas (las ruinas de la primera vez, el barranco esculpido en color negro, esas las casas en las que si alguien supiera la verdad tapiaría la puerta para que no entráramos) es lo mismo que contemplar nuestra historia. Pienso que a veces querer a alguien consiste en ser capaz de respirar al mismo tiempo y calentar un simple cuarto. Olvidar que con ella siempre estaremos en peligro. No hacer demasiadas preguntas. Pero es peor, siempre es peor, porque esto aún no ha terminado.

—¿Estás despierto? —le escucho decir.

Se incorpora y se levanta la camisa. Coge mi mano una vez más, la mano que está herida y enferma. Me hace mirar la zona desnuda (es un espacio suave entre las costillas) y, por fin, me hace tocarla. Quedan pocos sitios en su cuerpo que yo no haya visto. Éste es uno de ellos.

—Aquí.

Ahora sé que jamás me dejará abandonar el rito. Es directa y lo bastante franca, y seguramente pensaría alguna excusa para marcharse unos días de casa con Paula cogida a su mano. Puede que fueran definitivos si yo me negara a continuar. Un día, uno se descubre tantos años durmiendo junto a otro, incapaz de abandonar por voluntad propia esa clase de costumbres oscuras que nos mantienen vivos.

Cuando la última vela se extingue, me abraza con fuerza.

En la oscuridad, cojo el cuchillo. Toco con el dedo el punto exacto donde lo voy a clavar.

■ ■ ■

Pronto intentaré dormir. No es demasiado tarde para tratar de tener sueños blancos donde las casas sean casas y la gente hable de comida y de deseos diminutos. Ese lugar donde caben sus vidas ordenadas. Ni siquiera el televisor me deja perderme en otro lugar.

Cuando sintonizo otro canal, algo me anuncia que nuestros secretos no nos abandonan nunca del todo, que debemos mirarlos de frente y estar alerta. La señal pierde intensidad. Oleadas de estática alcanzan la pantalla. Hay varios reporteros que se abalanzan con la cámara hacia la entrada de cristal de un edificio quemado. Dos coches de bomberos rodean la manzana, y alcanzo a ver a un policía robusto que saca a rastras a un hombre de una de las salidas. Luego son más: cuatro, cinco, hasta seis personas. Casi todos han perdido el pelo, aunque por la manera de caminar reconozco a tres mujeres. Antes de que los policías les tapen la cabeza con unas chaquetas oscuras, consigo ver uno de los rostros. Por instinto me echo hacia atrás. Quiero apartar la vista y a pesar de todo no lo hago. Tienen la cara quemada. Es un paisaje en el que apenas se reconoce nada remotamente humano, igual que uno de esos trozos de masilla en los que alguien ha hundido los dedos con toda la violencia posible. Ya han cortado la conexión, y el programa vuelve al estudio.

—La Policía todavía está investigando si han formado alguna clase una secta. Se hacen llamar “los vivos”. No pueden asegurar que sean los únicos que hacen esto.

Es extraño que los tertulianos del programa coincidan en número con los detenidos. Mencionan sobre todo la palabra “civismo”, y se interrumpen unos a otros tratando de decir la última palabra. No tardan en nombrar aberraciones y taras y desórdenes psicológicos (cómo no, uno de ellos es el eminente doctor “algo”). Al parecer, esa gente a la que ha detenido, esas *personas*, llevan más de un mes recorriendo las entrañas de los edificios que acaban de incendiarse, justo antes de que lleguen los bomberos. Según el informe de la policía, sortean los chorros de las mangueras, juegan como niños o idiotas revolviendo todo a su paso; probablemente se reúnan en sótanos de centros comerciales para trazar nuevos planes mientras, ahí arriba, alguien compra ropa de bebé o se interesa por enanos de piedra para el jardín. Subo el volumen. Una de las mujeres de la tertulia pide que devuelvan la conexión, y por alguna razón sé que se siente fascinada, aunque no quiere decirlo. El hombre quemado aún mira a la cámara. De pronto es como si me mirara a mí, a la multitud que reprueba sus acciones desde el plató. Me estremezco. Parece feliz. Parece más feliz que cualquiera, como si ahora, mientras levanta una tubería quemada en gesto de victoria y se la enseña a los otros

detenidos, nada valiera más que eso. Casi no puedo soportar las imágenes cuando conducen a los quemados al furgón, y es peor cuando ese mismo doctor, que se acomoda en su asiento para hablar al mundo (para hablarnos a todos), menciona la enfermedad. Reconozco las sílabas. Todos los años que han pasado sin que yo las pronunciara. Me marchó lo más rápido que puedo y acudo corriendo a nuestro cuarto. Ellas ya no me oyen, están en otra habitación, tumbadas junto a los juguetes de Paula en vastas extensiones de sueños, risas donde las olas retroceden y liman pacientemente el territorio desconocido (ella ha prometido llevar a la niña a ese mismo barranco de nuestra primera vez). Yo busco algo. Busco en los cajones, revuelvo las joyas, un collar con cuentas de madera, unos pétalos secos con su olor (aquí también hay gotas de sangre), y busco, más adentro, busco sin detenerme hasta que toco por fin el pequeño álbum y la fotografía de la página central. Todavía pienso en el hombre quemado al que no se le reconoce, cómo debe de apestar a gasolina, sé que es así. Seguramente empezó como cualquiera, lastimándose sin querer, haciéndose preguntas acerca de por qué no sentía. Se imaginó hasta dónde podía llegar. Conoció a otros. ¿Y si se puede vivir de esta manera, prolongándola durante años hasta ser ese engranaje oxidado, esa mala hierba que el mundo no ve? ¿Qué es exactamente ser normal, despreciar las pesadillas, entrar siempre por la puerta principal de las casas, acudir al médico para que le dé un nombre a cada cosa que nos sucede?

Estoy temblando, porque cojo la mano de mi hija y mi mujer en la fotografía.

Dónde está el límite.

De pronto no sé quién era yo en esta imagen. Qué es lo que estoy mirando. Y ni siquiera, ni siquiera estoy seguro de si ya tendría la cicatriz.

Accésit

Cuentos pendientes

Pablo Escudero Abenza

MEMORIA HISTÓRICA

*"Un joven escritor siempre teme que se le escape
cualquier detalle insignificante."*

*"Leer hace sabio a un hombre,
escribir lo hace minucioso, como veis."*

WILLIAM SAROYAN

Intento hacer un pequeño resumen de mi vida, encontrar una imagen que lo recoja todo. Se me ocurre algo así: alguien coge una cinta adhesiva (de un color que se vea bien sobre un suelo blanco, una cinta roja, o negra) y nos pide (a todos los que estamos cerca) que nos situemos en uno de los lados. Dudo y avanzo hacia una de las mitades en las que han vuelto a separar el mundo, y cierro los ojos y tiemblo de miedo. Después abro los ojos y me veo solo. Ya no hay mitades que valgan, estoy solo y atrapado en la mitad equivocada. Sé que es la equivocada porque inmediatamente quiero cambiarme, pero ya no puedo.

Podría empezar este relato mintiendo, diciendo que lo estoy escribiendo porque me lo pidió un viejo profesor al que yo no le gustaba. El alzheimer le está arrasando la memoria y quiere reconstruir el castillo con nuestros naipes. Ya no se acuerda de que yo no le gustaba, de las clases que terminaron con mi llanto, de la mañana en la que entró en clase silbando una marcha militar, anunciándonos que habían asesinado al archiduque Francisco Fernando y que se había declarado la Guerra.

Olvido sin perdón, algo así. Nadie me ha pedido que lo escriba (hasta el momento nadie me ha pedido nunca que escriba algo, sólo ella, mi memoria).

Algunas mañanas me despierto y es de noche. Y me pregunto cuántos de mis compañeros del colegio habrán estado en la cárcel. Cuántas de

ellas habrán abortado, cuántos serán drogadictos, mujeres maltratadas, apáticos operarios de una cadena de montaje, proxenetas, camellos, poetas lunares de la medianoche, dependientas de esa gran cadena de tiendas de ropa, doctores en ciencias ocultas, estrellas emergentes del rock sumergido. Me miro en el espejo, después del primer café, aún acecha la noche ahí afuera, y me pregunto en qué grupo estoy yo. Y de repente reparo en la cinta adhesiva roja que divide el espejo y me parte en dos.

Primer ejercicio de memoria histórica: los nombres más raros de mis compañeros de primaria: Náyade, Desiderio, Obdulia.

Yo soy un Escritor Inédito, decidí, y como tal me comporto. Bebo de más, tengo insomnio, leo con bulimia, pongo los ojos en blanco cuando estoy con una mujer a la que pretendo impresionar, hablo de todo lo que no he escrito, finjo inteligencia y profundidad. El Escritor Inédito tiene todo por escribir, y aún no tiene que rendir cuentas por lo que ya ha escrito. Nadie vendrá a echarle en cara aquella primera novela que hoy resulta tan vergonzosa. Su tiempo aún no ha llegado, y quién sabe si llegará. Soy, de hecho, un Escritor Inédito Partido en Dos, como demuestra mi imagen en el espejo. Aún no ha amanecido.

Como un buen Escritor Inédito, voy a las presentaciones de libros de los Compañeros de Viaje que Empiezan a Publicar. Y alabo la poesía minimalista de su prosa, los párrafos desbordados de sentimientos, la fuerza de una voz definitivamente genuina, con mucho futuro por delante (no tanto futuro como el Escritor Inédito, claro, que aún no lo ha estrenado y lo tiene en el armario, cubierto con un guardapolvos, esperando su día). Y hago lecturas de mis fragmentos en librerías de esta ciudad (la ciudad donde mejor se combinan la pasión por la recogida de setas y el aeromodelismo, dos pasiones ajenas que me enferman, el lugar ideal para odiar y convertirme en un sociópata y en cualquier momento ponerme a escribir en serio). Me siento ante mi audiencia y contesto preguntas después de haberles leído dos o tres párrafos sin aparente conexión.

No quería llamar a este relato Memoria Histórica. No creo que la memoria sea histórica. No desde luego la mía, que es de la que trata. La mía es más bien histórica, desquiciada, pero me aconsejaron este título (la casa del Escritor Inédito está llena de Casandras que le

anuncian el futuro comercial de sus obras y le dejan las colillas por cualquier rincón).

Posible origen (memorístico, histórico) de mi miedo a las alturas: de nuevo la cinta adhesiva roja que separa el mundo en dos. Yo vuelvo a estar en el lado equivocado, justo ahora, en lo alto de los cuatro pisos de escaleras que separan a la primaria de la secundaria en mi colegio. Alguien me empuja por detrás y yo caigo hacia el otro lado del mundo, ruedo toda una fila de escalones y siento el dolor. No me puedo volver a poner en pie. Llora, y grito, el tiempo se dilata y el dolor nunca acaba. Los profesores tardan media hora en venir a recogerme, y me sobra tiempo para pensar, para comprender a esa temprana edad el complejo juego de la memoria y los perdones, del olvido y mi rostro dividido en dos.

Doce años y una fractura de tibia y peroné. Solitarias partidas de Monopoly y de Nintendo, los primeros libros de Lovecraft y de Stephen King, una reedición especial de los relatos de Philip K Dick. *El Perseguidor* y *El guardián entre el centeno*, y una frase que entonces no comprendí del todo: Que seamos paranoicos no quiere decir que no nos estén siguiendo. Entiendo, ahora, desde la memoria, por qué son autores con tanto éxito. Porque hablan de monstruos (y nos enseñan que los monstruos pueden adoptar cualquier forma, y que no siempre los monstruos son los malos, que muchas veces el mal también habita en el corazón de los cazadores de monstruos, y nos ponemos del lado del androide sensible o del saxofonista atormentado) y nos dan esperanza. Porque hay muchos niños que necesitan creer, que andan sobrados de tiempo libre y faltos de fuerzas, que no tienen muchos amigos y nunca tendrán una novia. Porque podemos ser, según nuestro estado de ánimo, el escritor de novelas de terror que protagoniza Salem's Lot o el niño que le ayuda y que no es más que lo que queda del niño que fue el escritor. Porque comprendemos que es posible alejarse del origen del campo de fuerzas y realizar órbitas cada vez más excéntricas. Y volver triunfante, aunque permanezca la angustia.

Escritor, contesto tímidamente cuando me preguntan qué soy. Escritor Inédito, proclamé en una entrevista (el Escritor Inédito concede sin parar, es parte fundamental de su estatus, entrevistas a medios de difusión gratuita y lectores poco interesados). Un tipo con el

alma y la memoria (la cara no es ni mucho menos lo más grave) partidas por la mitad, cruzadas por una cinta adhesiva respecto a la que nunca sé cómo situarme. Un tipo que cojea (un viejo recuerdo de aquella fractura de tibia y peroné) y tiene miedo a las alturas. Alguien cobarde, bebedor, que intercala los tomos de En busca del tiempo perdido con las obras completas (hasta el momento) de Stephen King y se pregunta cómo puede existir gente que no ame a Borges, otro hombre que conecta la radio cuando no puede dormirse y piensa en ella.

La memoria le ofrece flores a los hechos triunfales y también a los hechos más vergonzosos. Unas veces nos obsequia con un ramo de rosas rojas y otras con uno de rosas blancas. Y casi siempre nos pinchamos con las espinas. La memoria me habla al oído y me pide que intente dormir un poco, que supere estas décimas de fiebre que no se apagan desde hace meses.

Debería estar preparando una oposición en vez de dedicarme a buscar tesoros de la memoria en el fondo de la pantalla. Estás malgastando tu talento, me han dicho muchas veces. Lo malgasto cada vez que empiezo una partida a mi videojuego favorito (y les prometo que será la última vez que recorra, uno detrás de otro, sus fascinantes escenarios mágicos) o vuelvo a cazar la gran ballena blanca, cada vez que me acuesto tarde y borracho, mucho después de que ella se haya ido, pidiéndome por favor que no insista, no volverá hasta el próximo miércoles, esto puede resultar doloroso pero debe ser así.

Vivo acostumbrado a que las reglas las pongan otros (ella no es la primera ni la peor entre quienes me las han impuesto). Vivo acostumbrado a que me receten dolor como solución a casi todo. El divorcio de mis padres, la escuela, el traumatólogo, la rehabilitación, la universidad, aquel grupo de teatro al que un psicólogo me recomendó asistir. Te dolerá un poco cuando te recoloque el hueso, pero no debes gritar, dijo el médico.

Como Escritor Inédito Partido en Dos, no sólo escribo, no sólo pienso en escribir. La parte menos desubicada de mí enseña y aprende matemáticas, y finge un gran interés por los problemas académicos. Sobrevivo dando clases de matemáticas en una academia, asisto a cursos de doctorado en la universidad, aunque no creo que esto sea demasiado importante. Salvo por lo que tiene que ver con ella.

A ella la conocí en un aburrido seminario, a principios de otoño, cuando la magia aún era posible y yo aún creía que un día amanecería y yo no me vería como me veo ahora mismo reflejado en la pantalla del ordenador, dividido. Le pedí un bolígrafo y le pregunté su nombre, en la primera clase, ya con la intención de violar la primera de las normas que debe regir la relación entre doctorandos. Ella me dijo su nombre, aunque yo no tardé demasiado en olvidarlo, y prometió desvelarme sus secretos de uno en uno, en sesiones terapéuticas de sexo médico, cada miércoles, en mi casa, después de clase, sin que nadie más lo supiera.

El sexo como prolegómeno a la charla que se acaba cuando a ella le empieza a venir el sueño (porque ella no puede dormir, nunca, en esta cama, a mi lado, porque ella duerme poco —sus ojeras y su voz siempre recién levantada lo atestiguan— y nunca comparte esos momentos de sueño). Sexo por prescripción médica, rápido intercambio de fluidos con la debida profilaxis y luego la paz postcoital, tres o cuatro horas de charla bajo las sábanas, desnudos, de perfil, en voz baja, hasta que ella bosteza por primera vez y se acaba la sesión vespertina. Confesiones, secretos, adicciones al pasado, miedos, cicatrices. Una sonrisa amable cuando ella se viste y me pide que no insista más.

La convicción cada vez más firme de que nunca seremos lo que creíamos y nos quedaremos para siempre ejerciendo nuestro papel principal en esta obra que otro ha escrito: el Escritor Inédito y la Chica Rara de Pasado Confuso.

Otro recuerdo: Un partido de fútbol. Nunca me ha interesado demasiado el fútbol, jamás lo he entendido (entiendo el mecanismo del juego, claro, lo de las dos porterías y el balón, la necesidad de jugar en calzoncillos, entiendo hasta lo del fuera de juego y los noventa minutos, lo que no entiendo es la pasión que despierta). Entonces aún no me atrevía a confesarlo (no quería desilusionar a mi padre cuando llegaba el sábado por la noche y él preparaba palomitas para que viéramos el partido juntos, y no quería que mis compañeros tuvieran otro motivo para perseguirme) y gritaba cuando marcaba alguno de los dos equipos, corría con entusiasmo detrás de la pelota cuando me tocaba jugar. Tenía(mos) catorce o quince años, yo ya cojeaba (yo ya siempre cojearía) y no era especialmente fuerte. Pero les faltaba uno para completar el equipo de la clase, así que me ofrecieron una camiseta

(blanca, partida por la mitad por un rayo negro) con la que (durante algunos minutos, menos de noventa) me aceptaban. En algún momento marcamos. Marcó aquel chico que ahora se dedica a limpiar los parques municipales y todos lo celebramos enloquecidos. El partido siguió y nadie más marcaba. Hasta el último minuto íbamos ganando, y entonces llegó un saque de esquina en contra. Centro al área y torpe remate de cabeza, manos blandas de nuestro portero, el balón que va para dentro, que penetra a cámara lenta, mi pierna izquierda (la débil, la fracturada, la que ya siempre ha sido más delgada) que lo golpea hacia fuera, y el mundo que conspira para no ver que lo he sacado de dentro. Final del partido, clasificados para la final, gritos, abrazos, mi boca preparándose para estropearlo todo. Cantamos y saltamos, nos duchamos y a la salida yo confieso, delante de demasiados espectadores, que el balón estaba claramente (al menos un metro, exagero) dentro cuando yo le dí. Reclamaciones a los organizadores, confesiones ante un jurado, mi derrumbe, repetición del partido de semifinal, derrota por cuatro a uno. Ahora, dice el traumatólogo, voy a volver a colocarte el hueso, no te dolerá, vamos, no llores.

Bajo a un bar el domingo por la tarde. Tengo su número de teléfono en el bolsillo pero nunca la llamaré antes del miércoles. Debería estar en casa escribiendo. O en casa de unos amigos, colocándome con ellos mientras sus hijos duermen la siesta. O en el cine de versión original, dejándome ver al lado de otro Escritor Inédito. Pido un bourbon y pregunto quién juega. Esta semana no hay liga, me contesta el camarero, pero yo veo (y mis ojos aún no me engañan tanto) el fútbol en el televisor, y a los hombres de las mesas que lo siguen atentamente, e insisto. Me aclaran que es un partido repetido. Pero para ellos es importante, para ellos es su dosis (tan buena y necesaria). Yo me bebo la mía y fabrico una teoría. No sé mucho de fútbol, ni de drogas, ni de teorías. Pero siempre he pensado que sin libros, muchos de nosotros (los Escritores Inéditos) sólo seríamos adictos a las drogas. Incluso con libros muchos no se libran de otras drogas (quién ha dicho que tengan que librarse, por qué es mejor librarse que caer, no se trata de dar lecciones a nadie) pero se reparten, tienen varias adicciones y así todo es menos peligroso. El fútbol es otra droga. La hay mejor y peor, y (por lo que logro colegir) cuando uno no puede acceder al subidón máximo de un mundial se

conforma con la primera división, o con la segunda, o con un partido de la liga holandesa, con la copa de Europa, en el peor de los casos con la repetición de cualquiera de ellos. Entiendo poco de drogas y de fútbol, pero he experimentado tantas veces el subidón que producen ciertos libros.

Hay, esto sí lo tengo muy claro, literatura (la literatura es la que nos impide levantarnos a atender el teléfono, ir a trabajar, dormir, la que nos retiene entre sus páginas y nos aleja de la familia, la que suele empujarnos a escribir, a plantar nuestra propia semilla tóxica), y literablanda (lo que leemos cuando no estamos leyendo literatura, lo que leemos en el tren o en una sala de espera, lo que leemos cuando tenemos miedo de nosotros mismos y de nuestras adicciones, cuando ella nos mira y descubre todos nuestros secretos y sentimos un escalofrío). Luego, fuera de la literatura (camellos habituales que siempre nos dan lo que necesitamos) y la literablanda (algo hay que leer, siempre), está toda esa mierda que se acumula en los estantes de las librerías y bibliotecas, todas esas páginas escritas que preferimos no probar por miedo a sufrir una grave intoxicación (y no parece recomendable que un Escritor Inédito dé nombres y se cree más enemigos). De vez en cuando la agradable sorpresa de una nueva mercancía entre nuestras manos (esa voz que nos llama desde un oscuro callejón y nos entrega un nuevo libro a un precio módico), ese libro embriagador que ya nunca abandonará nuestra estantería de dosis más selectas.

Soy el niño que siempre se rompe un hueso (o se disloca una muñeca o se desencaja un hombro, o se hace una brecha en la barbilla). Soy el monstruo de Frankenstein de mi memoria. Y no soporto los libros de historia. Lleno el aire de mentiras cuando entro a un lugar. Miento por costumbre, porque me acostumbraron a ocultarme detrás de las mentiras, porque sentado a su sombra puedo leer sin que me molesten, porque apoyándome en sus consecuencias juego al monopoly contra mí mismo y me hago trampas cuando decido comprar la Gran Vía, y subo los impuestos de lujo cuando me apetece. Leo el libro que me regaló mi padre la última vez que lo vi, y pienso que es muy interesante pero que está muy mal escrito. Por eso me dedico a la ficción (aunque sea desde mi Condición Inédita). Para maquillar la historia y volverla memoria, para sacarla de sus casillas y enamorarme de ella.

Me gustan todas las mujeres, sus suaves palabras y sus dulces perfumes, el milagro de sus pechos, pero me gustan sobre todo las chicas que lloran a media noche, las que mienten por principio y esperan de mí, únicamente, que las entretenga con las distorsionadas versiones de mi vida. Me gustan las mujeres que son, en su grandeza, Historia, las que provocan grandes guerras entre la vida práctica y mi escritura, las que no me permiten descansar lo suficiente.

Sus ojos tan verdes y su pelo tan blanco, las lágrimas ácidas que corroen mi pecho cuando caen, de una en una, surcando su cara apoyada en él. El aire irreal que toma la habitación cuando ella entra, la extraña cicatriz en su cadera, la manera de mirar a través de mí, las palabras que su voz ronca pronuncia en un idioma desconocido, totalmente nuevo, la amnesia en la que se excusa para no recordar nada de lo que ya le conté la semana anterior. Cuéntame todo lo que recuerdes, me pide, y paseo un dedo por su mejilla y me quemo con una de sus lágrimas, y satisfago su sed de memoria.

A quién sino a ella le puede interesar la historia del día en que vi a Franz Kafka sentado al fondo de un bar de barrio, con una copa aún intacta entre las manos, figura disrupta en blanco y negro mirando maravillada la televisión (con cara de no entender qué Dios había tenido el valor de encerrar a tantos espíritus atormentados en un espacio tan reducido). Nadie más que ella quiere escuchar (tantas veces, cada miércoles) las palabras que el escritor tuberculoso me dijo al oído para convencerme de que le diera unas monedas con las que abonar la cuenta en la pensión en la que se alojaba. Nadie puede entender el dolor del Escritor Inédito que no lleva en el bolsillo más que un enorme billete (viene del cajero, de recoger el dinero para abonar su abultada deuda con el librero) y tiene que negarse a darle una limosna al Más Importante de Todos los Escritores Inéditos.

Sólo ella y sólo yo, sólo la cama deshecha y nuestras lágrimas, las tuyas ácidas, las mías tan amargas, mis papeles llenos de garabatos, los cadáveres de las cervezas bebidas a toda prisa, el recuerdo de un pasado común (¿no nos unieron unos teoremas imposibles? ¿dónde nos habíamos visto antes?, no me mientas ahora, por favor).

Meses de hastío y de miércoles que se consumen tan deprisa. Meses de una sequía que acabará pronto (mis huesos tantas veces rotos, mi

esqueleto descosido y recosido siempre me avisa de las bajadas bruscas en la presión atmosférica). La tormenta que se avecina y ella tan lejos de mí. Lágrimas y memoria, mi libro favorito, aún por escribir, quién sabe si no, en este momento, en las manos de un Escritor Inédito que sólo recibe rechazos de Editores con Verdadero Criterio. Nubes y voces lejanas, mi padre al que hace tantos años que no veo, el libro que me regaló, tan mal escrito, que se ha llenado de frases gemelas: estás malgastando tu talento. ¿Talento?

Buceo en mis recuerdos mientras tarareo una canción triste del más nostálgico de los compositores mexicanos, ese que tiene un nombre compuesto y un apellido tan vulgar. Una llamada telefónica (siempre tan inoportunas, siempre tan aterradoras, siempre tan literarias) que llega desde el otro lado del océano y me recuerda que debería estar estudiando una oposición o escribiendo una tesis. Haciendo cualquier otra cosa.

La memoria de la humanidad cabe entera entre los decimales del número pi. Cuando calculas la raíz quinta de un número complejo obtienes un pentágono regular e imaginario. Sería maravilloso haber vivido como un gnomo escondido entre los vértices de un pentágono imaginario cuando se anunciaban los golpes y las fracturas y las heridas en la memoria.

Una cinta adhesiva roja me reta cuando me despierto. Aún es de noche y salgo de la cama. Miro los libros que se amontonan en la mesita (y oigo las risitas de la bibliotecaria cuando me ve sacar los libros de seis en seis, de diez en diez) y no tienen una respuesta. Busco el trocito de papel donde apunté su número de teléfono y lo veo borroso, imposible de reconocer, infinito y no —numerable. Tendré que esperar hasta el miércoles. Me sitúo, como siempre he hecho, al lado equivocado de la frontera, y al instante me arrepiento, y ya no tiene remedio. Enciendo el ordenador y sé que moriré de hambre (las provisiones han quedado del otro lado) y que sólo ella tendrá recuerdos esporádicos de lo que le he contado y haya sido capaz de metabolizar. Miro mi rostro en la pantalla y no puedo evitar pensar en un campo de batalla. Y localizo al coronel de un ejército ascendiendo por mi mentón, camuflando estratégicamente a sus hombres en mi barba de una semana. Veo mi cara llena de las banderas de tantos ejércitos que se disputan el control y escucho el

detonar lejano de cañones. Y reconozco en algunos de los soldados a mis mentiras de adolescencia, y todas tienen miembros rotos, y da miedo pensar cuánto tiempo hace que luchan arriba y abajo de mis ojerás, qué flacas se quedan las mentiras en cuanto salen de nuestra boca. Qué frágiles se ven. Ahora te volveré a colocar el hueso en su sitio, te dolerá un poco, pero sopórtalo, debes ser valiente, dice el médico. A los niños cobardes, como a los soldados, el valor se nos impone.

Las gafas rotas y los moratones que descubro en la ducha. Y el llanto rabioso, y las maldiciones que se reparten entre Dios y mi padre, y la memoria de un día largo, que no acaba, y todas las fiestas a las que no fui.

El recuerdo de una nochevieja en casa, mientras el mundo celebra afuera el milagro de seguir viviendo, tumbado en la cama, con la puerta cerrada y el cenicero rebosante de colillas, una copa de champán al que se le han acabado las burbujas, leyendo desde el principio hasta el final, otra vez, la historia de un adolescente mentiroso, el más mentiroso de todos, un libro que parece mentira pura de tan bueno como es. Gritos y puñetazos en la puerta. ¿Estoy muerto? Empezar otra vez a leer Moby Dick y pensar que no necesito, para qué, lo que el mundo pueda ofrecerme. Quebrarme por la mitad y volver a reconstruirme, no grites, no te dolerá, renacerás y serás valiente, ya nunca querrás ser un Escritor Inédito.

La tormenta llegó el miércoles, y fue una tormenta histórica, de la que alguien que hoy sea un niño podrá seguir hablando dentro de veinte años. Y el niño de la tormenta será entonces ya un Escritor Inédito y mentirá con la fuerza de la inocencia, y se reconocerá más en lo que invente que en lo que viva. La tormenta dispersó a los ejércitos y pude volver a comer, y esperar que ella, sus ojos verdes, su pelo blanco, sus lágrimas ácidas, su voz ronca, viniese por última vez. Y esperaré con la ilusión que creía muerta que después de hacer el amor por última vez ella me contara todas mis mentiras, reconstruyera mi memoria para liberarme de ella para siempre, y la dejara ahí, al fondo de la habitación, un enorme montón de basura junto a un cuadro que pintó para mí una alumna agradecida, y esta vez se quedara aquí a dormir, esperando el amanecer en plena noche, para saltar juntos por encima de la cinta adhesiva que volverá a dividir mi rostro y su alma.

La cicatriz de su cadera, rugosa bajo mi mano, y sus lágrimas que ya no son tan ácidas. Ella me lo explica todo, y yo lo entiendo a la primera, y comprendo al fin que ella también ha estado siempre hecha con una mitad, que la otra mitad de lo que debería haber sido ella anda por ahí con sus ojos verdes y su pelo blanco y sus lágrimas tan ácidas, buscando memorias que le permitan seguir viviendo, con una cicatriz gemela en la otra cadera.

Vuelven a sonar truenos y cañones definitivamente lejanos, y cogidos de la mano entendemos que aunque no parezca prudente, la única salida posible está en la ventana, que allí abajo dejarán de aguardarnos enormes trozos de cinta adhesiva empeñados en dividirnos, y que de ahora en adelante nos mediremos por nuestras mentiras. Se acabó lo que llamábamos historia, empezaremos a construir otra memoria. La veo dormir por primera vez y prefiero mantenerme despierto a su lado. Una voz me dice que ahora me recolocará el hueso y que me dolerá. Y ella, desde su sueño profundo, en ese medio idioma calmo y recién inventado para mí, me da permiso para gritar, me permite tener miedo, protegerme en su abrazo, sentirme solo, cobarde.

Un último recuerdo: la nada reconfortante y llena de matices. Mi primera nada blanca, virgen, una nada aún por estrenar.

EL TRAJE DEL SUPERHÉROE

Los normales —los llamaba Julian despectivamente—.

Fíjate en ellos, normaleando.

JAKE ARNOTT

El primer vuelo

El superhéroe levitó por primera vez a la tierna edad de cinco años. A esa edad seguro que ya había visto las películas de *Superman* por la televisión. A esa edad incluso es posible que su padre ya lo hubiera llevado al cine a ver la primera película de *Batman* que hizo Tim Burton. A su padre le gustaba recordar, siempre que podía, que se había puesto a llorar de miedo cuando Jack Nicholson sale por primera vez, con la cara reconstruida, y que como no paraba de llorar, al final tuvieron que volverse a casa sin ver la película.

El padre del superhéroe era actor. No le gustaba demasiado Jack Nicholson, pero reconocía que tenía talento. A su padre le gustaban más otros actores y otras películas. Hubiera preferido ser el padre de un actor seguidor del método Stanislavski que el de un superhéroe, digamos. Su padre salió en algunas películas menores y en unas pocas series de televisión antes de resignarse a ganarse la vida como agente de seguros. Y eso había sido hasta que le dio un infarto, cuando el superhéroe tenía dieciséis años, un agente de seguros atractivo, uno de esos en los que piensan algunas mujeres de casi cuarenta años los domingos por la tarde, cuando llevan mucho tiempo en la bañera y lamentan que el teléfono no haya sonado en todo el fin de semana. De los que se podría decir: “Es tan guapo que podría haber sido actor”.

Aunque no fuera verdad. En todas las películas en las que había salido, ocho, siempre iba ataviado con bufanda. Era algo curioso que alguien había comentado una vez en un foro de internet, aunque no

había alcanzado todavía el nivel de otros fetichismos freak. Quizá si se supiera algún día que además era el padre de un superhéroe todo tomaría una dimensión mayor.

A los cinco años el superhéroe se pasaba el día frente al televisor viendo *Las tortugas ninja*. Se sentaba en el suelo, embobado, con las piernas cruzadas como en la posición de loto, para verlas. Estando así, una tarde, levitó. Nadie sabe durante cuánto tiempo, ni por qué exactamente mientras veía ese capítulo de *Las tortugas ninja*. El caso es que levitó. No demasiado. El superhéroe no sabía entonces medir esa distancia, pero ahora piensa que no levitó más de diez centímetros. Durante cuánto tiempo, es difícil de precisar, porque daban un capítulo detrás de otro y al pequeño superhéroe se le iba el santo al cielo viendo aquella serie. Su madre sólo recuerda que llamó al timbre un montón de veces, porque había salido y se había olvidado las llaves, y que su hijo no contestaba. Y recuerda que se preocupó mucho. Pensó que el pobre niño se había muerto mientras ella lo había dejado solo. Y se sintió culpable, profundamente negligente. Cuando nació les dijeron que tenía un pequeño defecto cardíaco, y nunca se habían preocupado lo suficiente.

Llamó a los bomberos para que entraran en casa y rescataran a su hijo. Al menos el cadáver de su hijo. Un bombero simpático, acostumbrado a tratar con niños, entró por la ventana del balcón. Tuvo que romperla desde fuera para colarse. El bombero recuerda cómo el niño estaba en el centro del salón, en la posición de loto, frente al televisor, viendo uno de esos capítulos de *Las Tortugas ninja*, totalmente abstraído, levitando. No mucho, según el bombero, quizá no más de siete u ocho centímetros. El superhéroe no recuerda a ningún bombero. El bombero sí recuerda al niño, y recuerda que era como si el niño no pudiera verlo. Hasta que su madre no entró en el salón y lo llamó por su nombre, con un grito de horror y alivio, el niño no volvió al mundo. Y cayó al suelo.

Adolescencia, caída, algunos recuerdos

Cuando lo piensa ahora, el superhéroe no es capaz de entender por qué a todos los niños de su clase les gustaban tanto los dibujos de *Las tortugas ninja*. Ni sus películas. Cuatro tortugas que vivían en las alcantarillas y se pasaban la vida comiendo pizza, entrenadas en las artes

marciales por una rata con inquietudes culturales quizá demasiado elevadas para su naturaleza. Ni entiende por qué fue del todo imposible que nadie, nunca, se decidiera a llamarlas por su estúpido nombre completo: *Las Tortugas Ninja Adolescentes y Mutantes*. Quizá porque todos los adolescentes son ya bastante mutantes como para querer algo más que ver con ellos. Quizá porque Tortuga era necesario y Ninja era guay, y no había por qué estropearlo con más sustantivos.

De más está decir que el superhéroe nunca más volvió a levitar, y que en su familia, con el paso de los años, de las décadas, se fueron olvidando de que alguna vez había estado a punto de volar, y aunque muchas veces su madre sigue contando la historia del día que lo dejó solo, con cinco años, y al volver no abría la puerta, y tuvieron que venir los bomberos a abrir, y que estaba tan embobado frente a la televisión viendo esa estúpida serie de televisión, que no se enteró de nada, excluía el detalle de que cuando ella entró en el salón él estaba levitando casi diez centímetros.

Su madre tuvo que pagarles a los bomberos por el aviso de falsa alarma, y abonar al cristalero la ventana que aquel bombero simpático, especializado en negociar con niños subidos en árboles demasiado altos, había roto para poder entrar.

Su madre incluso había negado una vez, a las pocas semanas de la muerte de su padre, que alguna vez hubiera volado. “Sólo levitaste un poco, no te confundas”, le dijo tajante, “nunca has sido un superhéroe”.

Pero si no había sido nunca un superhéroe por qué le hicieron tantas pruebas durante tantos años. No había sido nada fácil ni agradable pasarse fines de semana completos en el hospital, atravesado por tubos que le metían sustancias incoloras y le sacaban sangre y jugos para analizarlos. Tuvo su primera polución nocturna en el hospital y rápidamente todos los médicos encargados de estudiar su caso se lanzaron como locos a analizarla. Semen primerizo de lo más vulgar, concluyeron. No había sido fácil explicar en el colegio por qué él no podía participar en el carnaval cuando el tema era: los superhéroes, y por qué año tras año aparecía con el mismo disfraz anticuado de Alí Babá (quien sin sus cuarenta ladrones quedaba muy reducido, apenas un golfo enclenque con la mano muy larga) entre Spidermans, Batmans, Catwomans y Tortugas Ninjas de todos los colores.

El superhéroe había sido durante años el niño, y luego el adolescente, sin leucemia más analizado del mundo. Todos, empezando por sus padres, tenían un poco de miedo de él, de sus respuestas, de su manera de andar por el mundo, de a dónde dirigía su mirada y cómo miraba, de quiénes eran sus pocos amigos, de por qué se empeñaba en hablar solo y cruzar las piernas en la posición de loto en mitad del salón, con los ojos cerrados, de los dibujos que hacía cuando cogía lápiz y papel.

Un superhéroe es un pequeño milagro de Dios, se convenció. Aunque sólo lo hubiera sido durante unos minutos de su infancia, él era un pequeño milagro. Alguien especial, a estudiar, a seguir de cerca. Todos le tenían un poco de miedo, y era normal, porque ellos no eran pequeños milagros, ellos no llegaban a entender del todo lo que en él había de divino. Él era como uno de esos pequeños pliegues del espacio tiempo por los que se puede viajar hacia el futuro cercano. Nunca son viajes demasiado largos, apenas de cinco o diez años hacia delante, y uno siempre se decepciona de ver lo poco que ha cambiado todo. Uno nunca encuentra un pliegue del espacio tiempo que le enseñe una dimensión dominada por los zombis, ni un futuro 2020 en el que todos viajaremos en coches voladores, habremos perdido la capacidad de hablar y sólo mantendremos relaciones sexuales con amantes robóticas. Aún así, es emocionante entrar en uno de ellos y mantener la esperanza de ver algún cambio realmente radical. Es emocionante saber que la mecánica cuántica relativista niega su existencia, pero que ahí están. Él, como superhéroe, era otro fenómeno que la mecánica cuántica relativista no había llegado a explicar y que sólo por eso quería negar. Otro pequeño pliegue de la piel de Dios, se atrevería a decir, si no fuera porque la psicóloga le había pedido durante años que dejara de hablar así.

La psicóloga de su colegio se llamaba Clara y llevaba ortodoncia. Al superhéroe siempre le habían hecho mucha gracia las personas mayores con ortodoncia. Le parecían bastante mutantes. El aparato de los dientes de Clara se tragaba sus eses y parte de la sonoridad agresiva de las erres. Era una chica dulce, una de esas psicólogas escolares que no tienen hijos y que consideran que todos los alumnos del colegio son inocentes, hasta los más culpables. Adoraba al superhéroe. Adoraba interpretar sus dibujos, esos mismos que inquietaban a sus padres y a sus profesores porque estaban llenos de

referencias a la muerte, porque chorreaban sangre y vísceras. Adoraba leer sus poemas sobre vuelos interrumpidos y escuchar lo que ella creía que eran fantasías sobre vuelos de superhéroes.

La psicóloga le ofreció un cigarrillo el día en que fue al colegio vestido con unas estrechas mallas negras y una capa amarilla y anunció que en el recreo se subiría a la azotea y volaría. Había estado toda la noche pensando que la única manera de volver a manifestar sus poderes, de que todos por fin creyeran que una vez había volado, y no sólo levitado, era ponerse un traje y forzar a su cuerpo a una situación en la que tuviera que elegir entre volar o morir. Tenía casi quince años. El profesor de matemáticas y la profesora de historia lo dejaron estar en sus clases con ese disfraz que provocaba las risas de sus compañeros. Pero la profesora de inglés lo mandó fuera de clase y pronto su presencia enmascarada fue requerida en el gabinete psicológico del colegio, regentado por Clara. Ella no le dijo nada. No le dijo demasiado, sólo le pidió que se quitara el antifaz y le ofreció un cigarrillo. El momento de encenderlo rozando sus dedos fue uno de esos pliegues espaciotemporales a través del cual el superhéroe supo que no debía volver a intentar volar de esa manera, no de momento, y también se enteró de que antes de salir del colegio, a los dieciocho, camino de un futuro incierto, se habría acostado con la psicóloga.

Toronto, Boston, Chicago. El doctor John Bufford

El doctor John Bufford es una de las mayores eminencias mundiales en el estudio de los superhéroes adolescentes y los niños zombis. Al contrario que todos esos médicos que se habían limitado a recoger muestras de sangre, tejidos, saliva y semen para después asentir con la cabeza y agravar la voz para decir cosas como: “Podemos confirmar que se trata de un niño normal”, el doctor John Bufford entiende que un superhéroe que no desarrolla todo su potencial es una pérdida para el patrimonio colectivo y más bien poco tangible de la humanidad. El doctor John Bufford había sido en su infancia un superhéroe al que la falta de cuidados por parte de sus padres había impedido desarrollar todo su potencial. Y había dedicado toda su vida de estudio a evitar que eso le sucediera a más superhéroes. Su hijo había resultado ser un zombi, y por eso compartía las dos especialidades médicas, pero esa es otra historia que no le interesaba

ni siquiera al superhéroe cuando lo visitó por primera vez en su consulta de Toronto.

Los poderes del superhéroe desaparecen del todo, en el 99,9% de los casos, si no se han desarrollado al máximo antes de cumplir los veinte años, le explicó. El superhéroe tenía diecinueve cuando apareció por primera vez en la consulta del doctor John Bufford. Le explicó en su precario inglés que una vez había levitado, a los cinco años, y que desde entonces, por mucho que se había concentrado en volver a conseguirlo, no lo había vuelto a lograr. John Bufford lo miró con sus cálidos ojos grises y le dijo que no se preocupara, que si una vez lo había logrado, tenía el don. Y eso ya lo convertía en un superhéroe, aunque estuviera atrapado en una interminable fase latente.

Quizá sea poco científico hablar de un don, pero el superhéroe pensó que un tipo que era capaz de hablar así era de fiar. Cualquier charlatán hubiera hablado de genes, o hubiera empezado a hacerle análisis de sangre y fluidos buscando alguna clase de marcadores superheroicos sobre los que empezar a trabajar. El doctor John Bufford tiene una voz grave y profunda, con cierto tono de locutor de radio, lleva barba y fuma en pipa. Es un hombre al que ningún paciente llama Dr. Bufford, ni simplemente John. Cuando cualquiera de sus pacientes dice que lo está viendo, siempre dice algo que suena más o menos así: “Estoy tratándome con el Doctor John Bufford, una de las mayores eminencias del mundo en tratamiento de superhéroes y zombis infantiles y adolescentes”. Cuando el superhéroe entró por primera vez en su consulta de Toronto, tenía puesto un disco de Eric Clapton, que a su manera también había sido un superhéroe que perdió gran parte de sus poderes y que luego, con esfuerzo y ayuda, logró recuperarlos. Sin preguntarle, el superhéroe supo que el doctor John Bufford había tratado a Eric Clapton, y se dijo que si había podido ayudar a un famoso guitarrista, también podría ayudarle a él.

El doctor John Bufford le dio un cigarrillo y le explicó que todo consistía en sentarse durante horas en el salón de casa, en la posición del loto, y abstraerse de todo lo que no fuera volar. Hasta que volara. Pero antes de empezar a hacerlo, debería ir andando desde Toronto hasta Boston. Después desde Boston hasta Chicago. En cada una de esas ciudades, el doctor John Bufford, o alguno de sus clones, lo atendería personalmente, y certificaría que el tratamiento estaba

surtiendo efecto. Cuando hubiera concluido las peregrinaciones, debería volver a casa y salir lo menos posible durante seis meses, pasando tantas horas como pudiera sentado en el suelo del salón en la posición del loto, concentrado, hasta que lograra levantar el culo del suelo un mínimo de veinte centímetros. Si no lo lograba en esos seis meses, después de una peregrinación como esa, seguida atentamente por la mayor eminencia médica en el mantenimiento y afloramiento de superpoderes latentes, nunca lo lograría. Tenía que ser honesto con él.

Clara

Clara vivía sola con su gata. Fumaba rubio americano. No demasiado, cuatro o cinco cigarrillos al día. No tenía alcohol en casa. Sus paredes estaban llenas de libros y diplomas académicos y fotos de cuando era una niña. Llevaba aparato desde que el superhéroe podía recordarla. Decía que el aparato la ayudaba a ganarse la confianza de los alumnos del colegio, y que había sido un accesorio muy exitoso en algunos juegos sexuales. Algunos de sus amantes nunca habían podido olvidarse de esas mamadas torpes y peligrosas con la boca llena de alambres y gomas tensas. El superhéroe y ella se acostaron por primera vez al principio de su último curso de bachillerato. Se conocían desde que él tenía doce años y alguno de sus profesores en el colegio pensó que no le vendría mal acudir semanalmente al gabinete psicológico de Clara, a ver si ella era capaz de convencerlo de que no se trataba de un niño especial con poderes para volar. Clara debía convencerlo de que no era un superhéroe, aunque con el tiempo ella se fue dando cuenta de que ese niño, luego ese adolescente, quizá no fuera un superhéroe pero desde luego tenía algo que lo hacía distinto de los demás.

Clara había renunciado a muchas de sus creencias más firmes desde que había empezado a tratar al superhéroe. Aún se reía del día que fue a clase con aquellas mallas tan ajustadas y una capa amarilla, y le parecía tan difícil de creer que le hubieran permitido asistir a toda la clase de matemáticas e historia antes de mandarlo a su despacho. Clara había hablado sobre él mil veces con su director de tesis, y no conseguía entender porque éste, como tantos de sus colegas, intentaban convencerla de que hay que potenciar a los niños con gran

capacidad intelectual o un pene enorme para que sean capaces de desarrollar lo mejor de sus capacidades y no se sientan avergonzados por sus dones, pero hay que convencer a los superhéroes de que dejen de intentar volar.

Clara fue la primera mujer con la que se acostó el superhéroe. Lo hicieron de manera regular durante su último año en el instituto, después de que su padre hubiera muerto y en el colegio pensaran que debían aumentar la frecuencia de las sesiones para ayudarle a superarlo. En realidad no tenía demasiado que superar. Su padre nunca se había creído del todo que él fuera un superhéroe. Nunca había asimilado que no fuera un niño que quisiera ser, sobre todas las cosas, actor. Un actor de método con bufanda.

Follaban, fumaban, escuchaban sus discos de bossa nova y rythm and blues y discutían sobre la eficacia de los tratamientos psicológicos escolares y de la necesidad de medicar a todos los hijos de la clase alta para que pudieran atender en el colegio sin que se les despertaran los instintos psicopáticos que vivir en urbanizaciones aisladas acababa creando, inevitablemente, en todos ellos, y que sólo una medicación lo suficientemente fuerte, una arriesgada combinación de acetaminofeno y alprazolam, podía contener. Ese era el último tema que Clara estaba estudiando para terminar, de una vez por todas, con su tesis doctoral. En ella también hablaría de los tratamientos para los superhéroes adolescentes y cómo el sexo podía mejorar la relación con sus pacientes más cerrados. Clara ya no se planteaba cosas como la ética cuando se trataba de acostarse con un paciente al que sabía que le vendría bien hacerlo.

Cuando su relación dejó de ser profesional además de personal, Clara fue la única persona a la que le contó sus encuentros con el doctor John Bufford y su extraño peregrinaje por Norteamérica. Era Clara la única a quien llamaba por las noches para contarle que ese día había andado treinta y un kilómetros, o que por la tarde había estado sentado en la posición de loto durante seis horas, sin resultados visibles. Su madre simplemente pensó que había desaparecido otra vez, y que ya volvería, o no, que quizá nunca volviera, que tal vez se habría ahogado en cualquier caudaloso río centroeuropeo, cuando trataba de volar enfundado en su ceñidísimo traje de superhéroe.

Veinte años después. Por la noche

El superhéroe se había acostado a la 1 de la madrugada. A las 5 estaba otra vez despierto. Tenía insomnio casi desde la infancia. Sufría insomnio (pensaba que el verbo que cualquier otro, cualquiera que no fuera un superhéroe, utilizaría sería padecer: padecía insomnio, pero no quería decirlo así) prácticamente desde que perdió el poder de volar. Casi desde ese mismo día del vuelo. El día de la levitación interrumpida por un grito de su madre. Su madre insistía en que nunca había volado. “Sólo levitaste un poco, no te confundas”, solía repetirle ella. Quizá no dormir era alguna manifestación latente de sus superpoderes. Posiblemente la última. Hacía casi cuatro años que había asumido que nunca los recuperaría. Después de las primeras visitas a John Bufford y las infructuosas sentadas en el suelo del salón de su casa durante horas, después de la última visita a Toronto para explicarle a John Bufford cómo había salido todo. Después de ver un aburrido partido de beisbol al lado de John Bufford, que parecía tan normal con su gorra echada hacia atrás, después de coger el avión de vuelta desde Canadá, después de que John Bufford al final decidiera, como todos, hacerle análisis de sangre y moviera la cabeza de arriba abajo y con su voz grave y un tanto afectada, como si pensara que hubiera podido ser un buen locutor de radio nocturna, le dijera: “No hay ningún marcador que indique nada extraño. Todo es perfectamente normal”.

El superhéroe quería ser cualquier cosa menos normal. Podía asumir que era una aberración espaciotemporal, una paradoja mecanocuántica, que nadie quería asumirlo como tal, y no habían dejado que volara cuando podía hacerlo. Hasta que había sido demasiado tarde, hasta que se había encontrado con veinticinco años, insomne, sin nadie que le quisiera ni comprendiera.

“¿Quién quiere ser normal pudiendo ser anormal?”, decían en un capítulo de *Futurama*, su serie de dibujos preferida. Eso mismo pensaba él. Quién quiere ser normal y estudiar en la universidad y estar a las cinco de la mañana de un viernes despierto, con un enorme libro de John Irving (que se parecía tanto a John Bufford en la foto de la solapa, aunque sin barba) sobre la mesita, como única compañía, mientras los vecinos follaban y ella gemía como si se estuviera derritiendo en los brazos de un superhéroe. Aunque los superhéroes

nunca habían sido grandes amantes, eso lo sabía él y lo sabían todas las mujeres que alguna vez habían yacido con ellos. Lo sabía de sobra Clara, que había sido, si lo pensaba bien, la única mujer que alguna vez lo había querido de verdad. La única por la que hubiera merecido la pena resignarse a una vida mediocre, bajo las leyes de la física ordinaria, ignorando todos los pliegues que el universo había dejado abiertos. Aunque ella se fue yendo de su lado poco a poco, buscando otra orilla en la que amarrar su sonrisa metalizada y su dulce voz.

Volvió a Toronto dos años después con Clara, para buscar a John Bufford (que se había evaporado) y esperar alguna clase de milagro. Él tenía, lo había tenido, lo sabía, un don. Y un don no se pierde así como así. Y cuando regresaron de Toronto, tan desanimados como esas parejas jóvenes a las que un ginecólogo tras otro les confirma que no podrán tener hijos, dejaron poco a poco de verse, de llamarse por las noches, de escuchar los viejos discos de bossa nova acostados en el sofá de ella, de compartir cigarrillos rubios, de asomarse de vez en cuando al armario a contemplar el traje que allí sigue colgado, a la espera de que vuelvan los superpoderes perdidos. Mallas negras ajustadísimas, capa amarilla, un símbolo en la pechera que lo mismo puede significarlo todo que nada.

El vuelo final. El traje del superhéroe

Las tortugas ninja se llamaban Rafael, Michelangelo, Leonardo y Donatello. Llevaban los nombres de los cuatro pintores renacentistas preferidos de la rata que los entrenó en las artes marciales. Con sus habilidades ninja, salvaban el mundo una y otra vez. Esa era, brevemente, la base de la serie. *El souvenir* que el superhéroe se trajo del primer viaje que hizo con sus padres fue un cómic de las tortugas ninja. Seguía teniéndolo. Probablemente, pensaba mientras lo miraba durante otra noche de insomnio, las tortugas ninja no sabían que vivían en las alcantarillas de Nueva York. Hay pocas cosas que le importen menos a un superhéroe (sea un homosapiens, una tortuga o un protozoo) que el lugar en el que vive. Es tan secundario.

Anoche el superhéroe se acostó soñando que leía un libro llamado *La actividad neuronal del protozoo*, de Haruki Murakami. Le parecía, en su sueño, el libro que todo superhéroe debe leer. Hasta se imaginó

esa llamada publicitaria en la cubierta. Ayer escuchó una noticia en la radio sobre el descubrimiento de actividad cerebral en los protozoos. Parece ser que los protozoos sueñan y que los tipos que lo han descubierto van a ganar el Premio Nobel de Medicina. Mientras tanto, el superhéroe sigue sin poder levitar, apenas puede dormir y muy rara vez sueña. Y su vecina gime como si el fin del mundo se acercara. El superhéroe piensa que sus vecinos follan más desde hace unos meses, aunque ni siquiera está seguro de si sus vecinos son los mismos de siempre o tal vez se trata de una pareja más joven y fogosa que ha alquilado el piso.

Nadie, ni siquiera John Bufford, ha conseguido tratar con éxito a un superhéroe como él. Se han perdido muchos Premios Nobel de Medicina por el camino. Lo han analizado cuántos, treinta médicos al menos, y no todos tan amables ni con una voz tan agradable como la de John Bufford. Y ninguno ha sabido ver lo que hay de verdad en su levitación. Está seguro de que muchos superhéroes nunca son conscientes de sus superpoderes, y que sólo unos pocos se despiertan un día en mitad de una levitación y caen al suelo como consecuencia del grito desgarrado de una madre. Pequeños fallos en el espacio-tiempo por los que se cuelan los superpoderes de unos pocos elegidos. Y sólo los menos entre los elegidos recuerdan ese momento durante toda su vida y la consagran a repetirlo. Como él. Por muy tarde que fuera, por muy arriesgado que pareciera envidar a favor del 0,01% de los superhéroes que no pierden sus poderes después de los veinte años si no los han desarrollado lo suficiente durante la adolescencia.

El problema, ha tardado tanto en comprenderlo, estaba en el traje y en la capacidad de abstracción. Él no era un superhéroe cualquiera. Él no se resignaría, aunque hubiera pasado cuatro años pensando que no había alternativa. Él era Rafael, Michelangelo, Leonardo y Donatello. Todos a la vez. Él había levitado mientras veía un capítulo de *Las tortugas ninja*. Ni Superman ni las capas podían ayudarle.

No le había costado demasiado encontrar la casa del único actor que quedaba vivo de los que habían aparecido en las películas de los años noventa y ofrecerle todo el dinero que quisiera por ese traje. Ese traje pesado e incómodo al principio, poco flexible, que se había traído dentro de la maleta a la vuelta de su último viaje a Toronto, ya sin

Clara, ya sin esperanza de encontrar a John Bufford, ya sólo con la convicción de que la clave estaba en las Tortugas ninja.

Sabía que habían rodado aquella película en Toronto. John Bufford se lo había contado, cuando le habló del cine que rodaban allí, de cómo todas las películas en las que alguien quería que saliera Nueva York pero no podía pagarlo acababan siendo rodadas en Toronto, y de cómo muchos actores secundarios se quedaban a vivir en la ciudad y se dejaban caer por los rodajes americanos a buscar trabajo. Como aquel chico.

El superhéroe se puso el traje, en mitad de la húmeda madrugada, y ya acostumbrado a su rigidez y su peso, salió a la calle, a buscar un parque tranquilo o un puente poco transitado en el que poder concentrarse y empezar a volar. Contra todo. Contra todos.

BLOQUEO: PEQUEÑA CRISIS CREATIVA CON FUGA POP

It's getting hard to be someone

THE BEATLES

*And then one day you find
ten years have gone behind you.
No one told you when to run,
you missed the starting gun*

PINK FLOYD

Dirijo el club de lectura de la biblioteca municipal. No importan demasiado mi edad ni las amistades que me llevaron a esa responsabilidad. Tampoco creo que importe demasiado en qué ciudad está la biblioteca. Sólo diré que hace mucho frío y sólo vivimos en ella dos escritores. Hace tanto frío que uno empieza a odiar a Dostoyevski en cuanto llega la mitad de octubre, y tengo que pedirles a los miembros del club que por favor nos centremos en el café caliente y las castañas asadas y nos dejemos de novelistas rusos. Ellos se ríen de mis ocurrencias y me vuelven a pedir que, en lo posible, dediquemos el próximo mes a leer *El idiota*. O *Los demonios*. Hace dos años ya leímos *Crimen y Castigo*. A mí, dice una señora, me gusta más Tolstoi. Vive enamorada del papel que le toca jugar a Anna Karenina. ¿Para cuándo un ciclo de literatura adúltera del XIX? La única adúltera que me gusta de verdad es Emma Bovary, la pobre, tan tonta, tan literaria. Y me gusta, sobre todo, porque cada vez que leo el libro no puedo parar de pensar que realmente, Madame Bovary *c'est tous nous*.

Les he prometido un volumen de cuentos (¿otra vez cuentos?, protesta alguien) de Chéjov para enero. Hace frío y es ruso. A las adúlteras frustradas les encantará *La dama del perrito*, les prometo. Yo ya lo leí, se queja el joven que aspira a escribir y (me temo) a quedarse con mi puesto como director del club de lectura, y no es para tanto.

No es para tanto tener que dirigir un club de lectura en esta ciudad y ser uno de los dos escritores locales (conocidos, seguro que muchos alimentan las horas vacías entre comidas con folios escritos sobre la mesa camilla) enfrentados a muerte en uno de esos duelos más propios de los westerns de John Ford (me pido ser Liberty Valance, nunca he soportado a Jimmy Stewart, tan bueno, tan educado, con esa voz tan cantarina) o de equipos de fútbol con presupuestos que mejor empleados podrían acabar con el hambre en el mundo. Me gusta que lleguen los primeros y terceros miércoles de cada mes para salir por la tarde hacia la biblioteca, bien protegido del frío, abrazado a mi vieja cartera de piel con el libro que vamos a comentar y una carpeta llena de notas, y abrir la sesión. Y bien, ¿quién quiere empezar?

Yo, y sólo yo, decido las lecturas. Para eso me eligieron, para eso me pagan. Me repito ese discurso y no me lo creo. En mi club no creemos en la democracia. Soy yo, el director, el que decide lo que leeremos durante el próximo mes. Escucho las sugerencias de los miembros del club y acabo por hacer lo que prefiero. Para el próximo mes pedí a la biblioteca que nos trajera veinte copias, de bolsillo pero con letra grande, de *Grandes Esperanzas*, de Dickens. Alguien (creo que puedo decir tranquilamente que esta vez no fui yo) se equivocó y nos han traído *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick. Da igual, lo leeremos y quizá el mes que viene podamos leer, entonces sí, en el futuro todo sigue estando a nuestro alcance, la novela de Dickens. Y quizá podamos comparar los personajes de ambos libros y encontrar interesantes paralelismos que vayan más allá de la coincidencia parcial en el nombre de sus autores. No creo que a muchos de los miembros del club les entusiasme la idea de leer ciencia ficción y jugar a encontrar al Pip de tan melancólico planeta.

Algunos se enfadaron, el año pasado, cuando les mandé leer *El Resplandor*. Se quejaron a la directora de la biblioteca, que me apoyó públicamente pero me pidió que intentara ceñirme, en adelante, a leer Literatura. *Las Mil y Una Noches*, *La Odisea*, *Moby Dick*, le parecieron bien. No se opuso con demasiada ferocidad a *El largo adiós*. Me preguntó por qué me empeñaba en seguir leyendo a Salinger, cuando ya no estaba de moda y sus historias sonaban a música pop del pasado, cuando además me hacía llorar sólo recordar su nombre de viejo desaparecido, pero me dejó que les recomendara Seymour: una introducción. Me llamó para que le explicara mis motivos para volver

a poner como lectura una obra de Borges. ¿Hacen falta motivos?, la desafié. ¿Y también otra de Cortázar? ¿Por qué tenemos que leer a John Cheever, William Saroyan y Carson McCullers? ¿A quién le importa lo que escriba Ricardo Piglia? ¿Bolaño? ¿Sebald? ¿Thomas Mann? ¿Podrían ser más aburridos? Volví a llamarme por teléfono para saber por qué ponía como lectura los *Cuentos de Invierno* de Isak Dinesen y no *Memorias de África*, que a las señoras del grupo (casi todo el grupo son señoras) les habría encantado. Ahora, con lo de Dick, no he tenido la culpa.

Es un hecho que a la mayoría de escritores de ciencia ficción les entusiasma Charles Dickens, y que siempre lo nombran entre sus autores preferidos. Tal vez yo pueda escribir un pequeño artículo metaliterario comparando ambas obras y la revista de estudios literarios de la provincia lo publique. Tal vez. Hace mucho tiempo que no publico nada, ni siquiera uno de esos cuentos inanes que se visten con un frac de profundidad antes de salir en la revista menos apropiada. Hace mucho tiempo que la barba me crece totalmente blanca y que mi mujer no me trata con el mismo cariño que al principio de nuestro matrimonio y que no me siento con fuerzas para sentarme por la mañana ante el ordenador y escribir algo que después me parezca bueno.

Cometí el error de dejar que publicaran un cuento mío en aquella reescritura colectiva de los *Nueve Cuentos* de Salinger. El primero, además. *Otro día de fiesta para el pez plátano*. Me despellejaron. No atacaron al cuento sino que fueron a por mí. Montando en sus poderosos caballos alazanes, con las espadas brillando bajo el sol, atravesaron el desierto para incendiar la débil fortaleza. Dijeron en titulares que estaba acabado, que nunca podría volver a ser aquel sorprendente escritor que les hizo quitarse el sombrero una vez, a mi paso, cuando no me esperaban.

Lo he probado todo para tratar de volver a escribir. El bourbon antes del mediodía, la marihuana, el LSD, los grupos de autoayuda (¿Se imaginan? Pues imaginen: Hola, soy **P.** y soy un escritor bloqueado. Hace mucho tiempo que no disfruto escribiendo. Con mi último cuento realmente bueno sufrí una tremenda decepción y no me atrevo a volver a dejarme llevar. Etcétera. Galletitas caseras, café recién hecho, cigarrillos, abrazos de desconocidos, las palabras de

consuelo de alguien que se ha visto abocado a dedicarse a la narrativa histórica). Me he torturado con el sonido del despertador durante cada hora de la noche, y he manchado con mis sueños interrumpidos al menos dos libretas. Nada. Desde hace un mes, tengo una idea y muchos desarrollos posibles que no me acaban de convencer. El protagonista, prácticamente el único personaje —en mis relatos apenas aparecen personajes, sólo uno rodeado por las sombras de muchos más —también narrador en primera persona, es el último ser de alguna especie. En mi primer intento, es el último hombre invisible, pero estoy dispuesto a cambiar su condición si fuese necesario: me vale que sea el último miembro de una familia muy venida a menos, el último terrícola que visitó un planeta lejano al que nunca han vuelto para recogerlo, el último astronauta puesto en órbita por la Unión Soviética, o cediéndole terreno a mis inquietudes culturales, el último lector que no se ha rendido a las virtudes del gran *best-seller* de la década (o del milenio, quién sabe ya determinar esos detalles), el último *discjockey* que entiende correctamente las canciones de The Beatles, el último rayo de luz reflejado en la cabeza de Syd Barrett mientras escuchaba aquella canción tan larga que sus compañeros le dedicaron a su densa locura.

Paseo, de repente, por las calles más oscuras de la ciudad, del brazo de una chica que no es mi mujer. Le pido que se agarre con fuerza a mi abrigo raído (mi vida se puede ordenar cronológicamente como una sucesión de mis proyectos fallidos y mis abrigos raídos) y que me escuche con atención. No sé qué edad tiene ni qué hace allí, entre piedras mohosas, buscando junto a mí un lugar en el que resguardarnos del frío y tomar un chocolate caliente. No se lo preguntaré. Se fija mucho en mi barba totalmente blanca, en mi estatura inadecuada, mientras le hablo. Aprovecharé su oído atento, sus ganas de conocerme. Compartiremos algunos cigarrillos y después yo me guardaré las colillas manchadas de carmín. Estoy convencido de que sólo ante la gente desconocida es posible decir la verdad. Por eso escribo. Mientras sus ojos violetas (tan propios de esas novelas en las que alguien está condenado a la perdición y no lo sabe) aún quieran saber más podré darle la vuelta a mi piel y dejar de fingir por un rato. Me acuerdo del viejo cuento de la *stripteusse* que no era capaz de desnudarse ante su marido, pero no recuerdo quién lo escribió, así que no le digo nada. Tomamos sin prisa el chocolate y me habla de la

soledad de los que son como ella (no le he preguntado a qué se refiere, si a las chicas de ojos violeta o a las que caminan por las callejuelas de piedra del brazo de desconocidos) y yo vuelvo a pensar en mi cuento. Le digo que escribiré algo para ella. Y le firmo un ejemplar de mi ya viejo último libro, no entiendo bien su nombre y se lo dedico al frío, a la humedad, a la niebla que se rinde, a la ropa raída y a la música que no abandona mi cabeza.

Aprendí a escribir escuchando las canciones de The Beatles y de Pink Floyd. Con ellos aprendí a no respetar el tono único de un relato, a empezar una historia de amor y terminarla con la muerte accidental de un ferroviario. El Apocalipsis puede venir en el siguiente párrafo, y no pasa nada porque así sea. Cumpló años el mismo día que la canción *I am the walrus*. Dicen que Lennon y McCartney (si aún era McCartney y si acaso tuvo que ver algo en esta letra) la escribieron para poder reírse luego con las interpretaciones místicas, lisérgicas y políticas que todos se empeñaron en encontrarles. Y todos se las encontraron, de acuerdo a sus propias ideas, y todos los credos pudieron hacer un himno con sus palabras. Todos entendieron lo que quería decir: *I am he as you are he as you are me and we are all together. See how they run like pigs from a gun, see how they fly. I'm crying*. Podemos desviarnos durante páginas de lo que realmente queremos contar porque lo que queremos contar es lo de menos. La sustancia está en otros detalles, desde luego no en la trama. Ni siquiera en el tono. La tensión es accesoria. Alguien habló de la esfericidad, en fin, yo no sé cómo llamarlo. Hay algo que se me escapa, que a todos se nos escapa, pero que está, indiscutiblemente en algunas canciones, muy de vez en cuando también en un cuento.

Para un escritor vivo siempre es una suerte que alguien elija sus libros para trabajar con ellos en un club de lectura. Eso supone vender, en un instante, veinte o más libros, y para los escritores pequeños eso es una proeza. Ser el escritor vivo al que un club de lectura le ha dedicado este mes obliga a visitar la ciudad y mantener un coloquio con los miembros del club, firmar todos los ejemplares, tratar de ser amable e ingenioso, no decepcionar la imagen que se han formado de ti. Durante menos de dos días vuelves a sentirte un escritor en activo, útil, capaz de despertar emociones, aunque casi siempre sean equivocadas. Te haces fotos rodeado de desconocidos y durante dos horas escuchas cómo cuentan los problemas de su vida en los que el

libro les hace pensar. Te piden consejos sobre un hijo drogadicto o sobre un marido adúltero. Te regalan dulces típicos y alguna botella de vino, las señoras mayores (la mayoría de las personas que están en los clubes de lectura son señoras mayores) te preguntan por qué todos tus personajes fuman y por qué casi todos beben y toman otras drogas, si no creo en la felicidad y en la armonía con el mundo. Te preguntan por qué no se casa otra vez ese chico viudo al que visita el fantasma de su mujer y por qué utilicé esa expresión (prefiero no repetirla, me dice la señora) tan horrible para terminar la historia. Cenas en el mejor restaurante de la ciudad y mientes. Les dices lo que quieren oír, que estás trabajando en un nuevo libro, les hablas de las citas literarias que requieren tu presencia. Les lees un par de páginas que has sacado de la nada que se ha apoderado de tu mesa de trabajo y les dices que serán parte fundamental de tu próximo libro, sin título definitivo. O con título provisional cuando acabáis con el café y pedís un licor. Les comentas que tú también diriges un club de lectura en la biblioteca de la ciudad en la que vives. Y les hablas de qué estáis leyendo ahora (¿quién es Philip K Dick? pregunta alguien, ¿aún leéis a Salinger?) y de lo que has pensado para la primavera (*Madame Bovary*, *Anna Karenina*, literatura adúltera, mientes). Pasadas las dos de la madrugada te acuestas en tu habitación doble de un hotel céntrico y echas de menos a la chica desconocida con la que de vez en cuando sales a pasear.

Hay un piano en la planta baja de la biblioteca, y sillones para sentarse alrededor y escuchar la música. Cuando algún vagabundo se sienta a tocar canciones tristes, aprendidas en una infancia muy lejana y nunca olvidadas por sus manos llenas de sabañones, los del club de lectura cogemos nuestros libros y bajamos a sentarnos a su alrededor. Le ofrecemos pastas y café, y escuchamos (esto también es literatura, no lo duden) su historia. Después le contamos de qué va el libro que estamos leyendo, y qué nos parece. Alguien habla del parecido físico entre uno de los personajes y nuestro nuevo amigo. Por eso no me gusta describir a mis personajes más allá de pequeños detalles, para no acabar por encontrármelos en el andén de una estación de tren, esperando mi llegada, zapateando el tiempo. A las nueve nos disolvemos y a nadie parece preocuparle demasiado lo que vaya a pasar con el vagabundo, ni con su parecido con ese extraño amigo del protagonista del libro. De vuelta a casa paro en un bar y pido algo fuerte. Me froto las manos

antes de echar el primer trago y recuerdo mi primera copa, en casa, directamente a morro de una vieja botella de ginebra Gordon's. Tenía doce años y me mareé. Pero me acosté antes de que mis padres volvieran y pudieran sospechar nada. Le ofrezco al barman, en pago por el alcohol, un ejemplar firmado de mi ya tan lejano último libro. Y sorprendentemente esta vez acepta, y me acuerdo del día de la presentación del libro, del maletero de mi coche lleno de ejemplares que yo mismo me encargaba de repartir por las librerías de la zona, de la chica sin nombre con la que salgo a pasear con la intención de encontrar un nuevo mundo en el barrio que nace a espaldas de la vieja Catedral y perderme para siempre. Y miro alrededor y no veo a nadie y me acuerdo del hombre invisible de mi cuento, varado en la primera línea, sin tener del todo claro si será, al fin, un hombre invisible (el último hombre invisible) al que algún día le suceda algo.

Escribo guiones de cine que nunca (nunca, nunca, nunca) llegan a rodarse. Aún así, a veces me los pagan. Los productores siempre me dicen que mis historias no les interesan porque no están de acuerdo con el espíritu de nuestra sociedad. Según ellos, nuestra sociedad no está llena de fantasmas ni de almas en pena con cuentas que ajustar con el pasado, de escritores que conversan con sus recuerdos y esperan con miedo, agarrados a una botella de Jack Daniel's, la llegada de la medianoche. Para ellos, por lo que parece, no importa la chica sin nombre que camina cogida de mi brazo, ni las señoras mayores que se refugian en los libros después de la depresión post-jubilación de su marido, ni los *barmans* que aceptan cobrar las deudas en libros sin éxito. No hay astronautas a los han dejado colgados de la órbita proyectada por científicos con aires de grandeza que murieron hace décadas, ni hombres invisibles que descubren, de repente, al comienzo de la primera oración, que se han quedado solos. No quedan discos de música con una única canción que ya no escucha nadie y escritores que beben más que escriben y cada medianoche ven salir del espejo, llenos de preguntas sin respuesta posible, a sus miedos más profundos.

También escribo las sinopsis de películas que algunos cineclubs reparten antes del inicio de la sesión, o contraportadas de libros que me dan arcadas. Mi mujer me mira cada mañana y mueve la cabeza en un gesto de incredulidad. Apuramos el tazón de café con leche en silencio. Yo no le digo nada ni me acerco a ella. Me limito a volver a ponerme la escafandra y salir por la ventana, a reunirme con los

personajes que fueron abandonados, prematuramente, por autores que no entienden nada.

Dudas antes de atreverte a entrar en tus propios cuentos. Nunca sabes si es adecuado que te pasees por el fondo de la escena, prestándole tu libro favorito o la mirada de la chica sin nombre a uno de los personajes. A veces aprovechas tu paso por la historia para decirle a esa camarera morena lo que siempre has pensado de su cuello, o para suicidarte sin que las consecuencias sean definitivas. Matas a tu mujer y a tus padres cada vez que hay una oportunidad. Cada día que pasa es más difícil ser alguien, ser un escritor o un director del club de lectura, un personaje que espera las instrucciones del autor para volver a ponerse en marcha, una marioneta sin cuerda. Se hace pesado caminar esquivando a los soldaditos de plomo que marchan camino del precipicio, con los ojos cerrados, esperando una señal. Ya no soporto los consejos de la directora de la biblioteca, ni las invitaciones a hablar en una mesa redonda: el relato, ¿nace o se hace?

Me puede el peso de la mirada de mi vecina, y me agobian los años transcurridos desde la publicación de mi último libro. En mis pesadillas, Salinger me mata. Dicen que Salinger no ha muerto, que ha cumplido noventa y dos años y lo ha celebrado yendo a pasar el día al campo. Dicen que siempre es posible ver a alguien que se parece mucho a Salinger (y que firma autógrafos como si fuera él, y posa para las fotos por un par de dólares) rebuscando en unos contenedores al final de Broadway. Dicen que ha escrito sin parar durante todos estos años y que cada vez que termina un libro lo cose, lo vuelve a leer entero y se felicita por lo bien que lo ha hecho. Después llama a su hija y le pide que escuche cómo arden sus nuevas doscientas holandesas. Y las arroja a la chimenea. Quizá en el futuro, cuando sea posible leer literatura en las cenizas, se pueda recuperar toda su obra.

Antes no me preocupaba por la muerte ni me molestaba el éxito de los demás. Los felicitaba, de corazón, cuando obtenían un premio que a mí me habían negado, cuando las críticas de sus libros eran mejores que las de los míos, cada vez que vendían trescientas copias más que yo de una novela o empezaba a rumorearse que un famoso productor, hermano de un célebre director, había comprado los derechos de la historia para hacer una película. Les daba la mano y era caballeroso

en la derrota. Los invitaba a una copa, les encendía un nuevo cigarrillo cuando lo necesitaban y les enseñaba el manuscrito de mi nueva historia, esa que empieza diciendo algo así como: De repente se dio cuenta de que era el último hombre invisible. Éramos, de alguna manera, un grupo. Todos nos sentíamos escritores, lectores, directores de clubes de lectura, guías de la humanidad. Aspirábamos a redimir a nuestros conciudadanos con la ayuda de unas pocas páginas, de alguna película y de una canción que se repite sin cesar en mi cabeza cuando ella apoya su cabeza en mi hombro y yo no puedo evitar acordarme de mi madre; yo tenía trece años y me pasé el invierno entero poniéndome el abrigo viejo de mi padre, demasiado grande, gastado por los codos, de un tono morado fracaso, lleno de bolsillos interiores en los que esconder lo que ya intuía que sería mi futuro, y ella nunca me volvió a hablar. Me he arrodillado, con mi barba blanca y mi abrigo raído, con mi vieja cartera de piel llena de papeles con anotaciones sobre el libro que estamos comentando, cada vez que un escritor ha entrado a la biblioteca. Les he enseñado el piano en el que se refugian los vagabundos cuando llega el invierno y les he hablado de la curiosa confusión que nos llevó a leer El hombre en el castillo cuando deberíamos estar leyendo Grandes Esperanzas. Y hemos meado, uno junto al otro, como sólo lo hacen los verdaderos escritores, en el portal de la revista de literatura provincial. Hemos intercambiado anécdotas y números de teléfono, el nombre de algunas amantes que ya nos olvidaron. Hemos descubierto que de niños nos gustaba ver volar las cometas de los otros niños, y tal vez ahí haya un origen para la vocación literaria. Y los he acompañado hasta su hotel, y he aceptado leerles un cuento para que pudieran dormirse pronto. Me he metido en el bolsillo, con discreción, el dinero que han podido prestarme y les he dado las gracias en un tono de voz mínimo.

No sé por qué me llama la policía a estas horas. La libreta de la mesita de noche se ha mojado cuando he derramado el vaso de agua. Tenía una buena imagen para el cuento del hombre invisible. El hombre invisible vestido con el traje de un muerto caminando por la calle mayor de una ciudad húmeda, dando discretos tragos a su petaca de bourbon, con la chica que no tiene nombre agarrada a su brazo. Y muchos gatos negros al fondo, y una música lejana que poco a poco se va definiendo hasta convertirse en esa canción. Quieren hacerme unas preguntas, dicen, y me levanto para prepararles café. Busco en los armarios las pastas de mantequilla que sobraron de la última

reunión del club de lectura. Me gustan más cuando se ponen un poco rancias. Me como una. Deliciosa. Saco cuatro ejemplares de mi último libro publicado para regalarles a los agentes, y pienso que era demasiado joven en la foto de la solapa. No contesto nada cuando me informan de que el escritor que vino ayer a dar una conferencia a la biblioteca ha aparecido muerto en un portal del barrio que nace a espaldas de la Catedral. Decido volver a lo que de verdad importa. Miro alrededor y no veo a nadie. Comprendo que soy, ahora sí, el último hombre invisible. Me seco una lágrima de despedida y me pongo el traje de buceo antes de salir por la ventana a buscar a la chica sin nombre.

EL OTRO OTRO

"Y caminar de nuevo por la ciudad natal, donde, cuando crees reconocer a alguien por la calle, tienes un momento de pánico"

ENRIQUE VILA - MATAS

Me despierta una llamada telefónica. Una de esas llamadas telefónicas que repiquetea desde dentro del sueño y anuncian desgracias. Dolor, muerte. Todo eso.

Estaba soñando que me quedaba calvo. Es cierto que a mis cincuenta y cuatro años tengo bastantes entradas —lo que me hace parecer mayor de lo que soy— y que la calvicie total es un horizonte probable. Pero era otro tipo de calvicie. Una calvicie absoluta, podríamos decir. Una voz metalizada que se cruzó en mi mente con los primeros timbrados del teléfono me anunciaba que me quedaría calvo. No sólo perdería todo el pelo de la cabeza. También se me caerían las cejas, la barba, el pelo del pecho. El vello púbico resistiría como un melancólico recuerdo de algo.

Melancólicos recuerdos de algo.

De las infancias que no viví, por ejemplo. No voy a decir que la mía fuera una infancia infeliz. Ni que mi padre fuera un monstruo. Incluso mis hermanos mayores se portaron bien conmigo. Mi hermana me quería. En el colegio no me iba mal. Me gustaba jugar al fútbol como extremo izquierdo y mi madre intentó que aprendiera a tocar el piano. Mi padre me enseñó a jugar al ajedrez y diseñé un juego de estrategia militar con el que mis hermanos y yo nos entretuvimos durante horas. Mi infancia no estuvo mal. Pero me hubiera gustado ser un niño capaz de cerrar los ojos y vivir otra vida. Un niño capaz de pasar varias infancias en un solo cuerpo.

Mi padre se está muriendo, dice la voz del teléfono. Los médicos no creen probable que pase de hoy. Y ha pedido verme. Por un instante, a la vez que reconozco mi pelo como mío, me siento culpable.

Un poco culpable. Nunca demasiado. Busco las gafas en la mesita y enfoco mejor el vacío de la habitación. No le digo nada a mi hermana, que aguarda al otro lado de la línea telefónica. La gente siempre ha esperado mis respuestas. Ella espera una frase del tipo: iré sin falta. Ella espera un compromiso total, una promesa incondicional de dejar de lado todo lo que tenía que hacer y volar hacia casa. Qué extraño, casa.

Quince años de silencio mutuo, una cruel enfermedad que le ha erosionado, a la vez y como sin esfuerzo, los glóbulos blancos y la memoria.

Mi hermana espera una de esas despedidas emocionadas junto al lecho del muerto. Un abrazo intenso en la prórroga que la muerte le concede con ese único fin. Sé que de alguna manera el universo necesita, para seguir tranquilamente su expansión, un último abrazo y un par de falsos: te quiero papá, y yo a ti, hijo. Pero sigo callado, deleitándome en el silencio impaciente de mi hermana, confirmando que también mantengo las cejas. Y la barba empieza a pinchar. Recuerdo los últimos labios que besé e intento ver a través del silencio de mi hermana. Al final le digo algo así como que hoy tengo trabajo, pero que intentaré ir al entierro. No me comprometo a nada. Después me quito las gafas, las devuelvo a la mesita y me vuelvo a meter en la cama.

Para un trabajo como el mío es muy importante descansar lo suficiente y mantener siempre un poco de brillo en los ojos. Es importante leer mucho, beber, fumar, escuchar música por las noches, a oscuras en el salón de casa, en la quietud de un apartamento escondido en mitad del centro de la ciudad.

La nuestra es una carrera fugaz y desagradecida, como la de los futbolistas y las supermodelos. Como la de los superhéroes decadentes. Como la de los niños prodigio. Como a todos ellos, la fama no nos llama el domingo por la tarde para saber cómo nos van las cosas después de que nos abandonara. Hay amores que es mejor no remover.

La nuestra es una profesión en la que abundan los enfermos con neurosis de guerra o trastornos de personalidad y escasean los que llegan a viejos. Los que nos dedicamos a esto —los buenos—

debemos tener, según mi agente, el alma herida, un rostro interesante y una magnífica memoria. Cualidades que no se aprenden en una de esas academias cualesquiera. Yo soy uno de los mejores. Sin duda el que tiene mejor memoria.

Una memoria de mentiroso profesional.

Una memoria mejor organizada que la de aquel tipo del tercer mundo que memorizó los dos primeros millones de decimales del número pi.

Aquel tipo que le había dedicado la vida a memorizar números sin mayor sentido aparente ante la sorpresa del mundo. Aquel tipo del que luego se dijo que todo era un fraude. Que los jueces estaban compinchados con él.

Se necesita buena memoria para no contradecirse entre una entrevista y la siguiente. Para repetir siempre las mismas frases al comienzo de una conferencia. El impostor, siempre, en todos los órdenes de la vida, se debe a su sonrisa y a su capacidad de recordar las mentiras que ya han sido sembradas, y el lugar exacto en el que lo fueron.

Somos una especie de hermandad secreta. Una secta de unos pocos iniciados que vagamos por los continentes a la velocidad de las novedades del mercado, aunque nos guste pensar que esa es la velocidad de la literatura.

Cruzamos los dedos ante la publicación de un nuevo libro, para que este que llega también sea un éxito para la crítica y nos permita seguir de gira permanente, como estrellas de rock sin groupies, o con esas groupies tan distintas a las de las estrellas de rock que uno, cuando se despierta al lado de una de ellas, no sabe cómo calificarlas. Groupies borrachas y leídas que pueden provocar conflictos con las esposas de los escritores cuando aparecen en televisión, demasiado maquilladas, afirmando que antes de follarnos nos midieron la polla con una cinta métrica. La literatura como una cuestión —otra más— de vertedero.

Giras que no se detienen y que nos llevan de una presentación a una conferencia sobre los problemas del creador —el problema del creador, suelo decir a veces, bromeando, es tener que desplazarse continuamente para defender su obra, viajar tanto que no tiene tiempo para crear; la creación, explico a la audiencia, es resacosa y

sedentaria, dificultosa y enemiga del jet lag y los hoteles—, de una firma de ejemplares a uno de esos prestigiosos congresos literarios. Años enteros cruzando océanos, trasbordando vuelos en aeropuertos clónicos al ritmo sincopado del viejo teclado sin engrasar de una máquina portátil, hablando entre maletas del nuevo libro que afirmamos haber empezado, con un whisky en la mano, con los cadáveres de cien cigarrillos en el cenicero, en una anónima habitación de hotel.

El síndrome de Ulises, lo definió uno de mis colegas.

Quizá debería haber empezado diciendo a qué me dedico exactamente. Porque puedo haber creado cierta confusión. O porque puede que a estas alturas ya resulte redundante decirlo. Pero lo mío, ya lo advierto, ahora sí, no es escribir, no es organizar un discurso de una manera coherente. Además, no podía prever que mi padre decidiera morirse precisamente hoy. Hay demasiados cabos sueltos en cualquier vida. En un día cualquiera de cualquier vida. Por eso precisamente me gusta trabajar con un buen guión. Por eso elegí la mentira. Porque la mentira, como decía mi abuela, tiene las patas cortas. La mentira es como un buen relato —o un buen relato es como una buena mentira—, acotada, redonda, perfecta; un territorio conocido al que regresar, un cuerpo de mujer que merece la pena seguir conociendo.

Porque hay algunos que amamos la mentira hay también muchos que prefieren escribir a hablar. Y millones de quiméricos lectores que forman barricadas con sus libros favoritos y pretenden protegerse de un bombardeo de cruda realidad. Sueñan con protegerse, bajo la bóveda que construyen con sus lecturas, del dolor.

Mi agente me llama para anunciarme que mi padre ha muerto pronunciando mi nombre. La larga tradición épica del hijo pródigo. Del mal hijo y el buen padre siempre dispuesto a la reconciliación. Del silencio intergeneracional. Del dolor que no sale a la superficie y corroe la armazón del barco. De todo eso que no tiene un nombre exacto.

Me pregunta cómo me siento y si estoy en condiciones de acudir a nuestra cita. Le confirmo que nos veremos en el parque al caer la tarde. Muchos han decidido que lo mío es la noche, la vampírica escritura febril, el vaso de bourbon bien reposado, las charlas de madrugada con otros colegas noctámbulos. La enfermedad maldita.

En uno de sus libros, él hablaba de su creciente parecido con Christopher Lee, y desde entonces muchos han asumido que duermo poco, y mal, que escribo enloquecido al caer la noche, y siempre me citan para las entrevistas al caer la tarde, cuando esperan que brote de mí alguna respuesta particularmente brillante, el esbozo de una narración, un secreto creativo.

Mi agente me promete un ramo de flores y una botella de whisky.

Al entrevistador le encantará mi rostro apenado, las bolsas bajo mis ojos vidriosos, mi cálido aliento a whisky y rosas, la entereza dolida con la que afronto un luctuoso acontecimiento personal del que prefiero no dar demasiados detalles, mi voz un tanto quebrada por la angustia.

El entierro será mañana, en otra ciudad. Una ciudad que se ha ido volviendo con los años más extraña de lo que ya era cuando yo vivía allí.

Desde hace algunos años leo bastante menos. Si antes dije que era importante leer mucho para poder dedicarse a lo nuestro, creo que me precipité. Creo que lo importante es haber leído mucho, tener esa manera de mirar tan particular del que sintió en su juventud que en los libros había algo oculto que era verdaderamente especial, la mirada de aquel que ya no ha podido reintegrarse del todo al mundo que queda fuera de los libros.

Me entran ganas de sincerarme ante el entrevistador. Coger su grabadora con mi mano y lanzar un mensaje que nadie querrá escuchar. Hablarle de los espejos y la vanidad, del ser dividido, del miedo. Hablarle de las tristezas sucesivas que se acumulan en mi garganta, de lo que mi padre pensaba de mí, de las posibilidades reales de que a uno lo asesinen si le dice algo de todo eso a la persona equivocada. En nuestro oficio, como entre los espías, no abundan los hombres casados y con familia. Y como entre los espías, la muerte más natural es el suicidio o un accidente estúpido y violento a cientos de kilómetros del centro de la nada. Miro a los ojos a mi entrevistador y le cuento de qué va la última novela. Resumo lo mejor que puedo la anécdota que le dio pie, el encuentro de un escritor con un antiguo compañero de clase que se ha convertido en asesino y la fascinación que cada uno de ellos siente por el otro.

La novela no va de eso. Para nada. Pero la imagen que todos han ido construyendo de mí, de nosotros, me permite mentir. Está bastante avanzada. Quizá la publiquen para el año próximo. Cosas del negocio editorial. Me encojo de hombros. Prefiero no hablar de mi grave enfermedad, pasemos de pregunta. No he dejado del todo el alcohol, pero sí es cierto que salgo menos. Y me acuesto antes. Escribo menos cada día, aunque creo que mejor que en mis últimos libros. Los libros más alabados siempre son los que menos satisfacen al autor. Eso parece un hecho, y nunca se sabrá si miente el autor que reivindica sus obras menores o los lectores, que se enamoran de falsos brillos. Ahora voy a presentar una especie de diario. Un dietario en el que se recogen impresiones sobre libros, sobre películas, encuentros con fantasmas, experiencias personales, artículos de prensa. Uno de esos libros para los muy fans, resume él.

Después de dos horas de entrevista y algunas situaciones tensas, él apaga la grabadora. Nos estrechamos la mano y le pido que me acerque al cementerio civil. No tengo coche, nunca he tenido uno, y no tengo ganas de parar un taxi. El entrevistador me lleva y me habla del libro de un joven autor al que acaba de descubrir. Le ha gustado mucho. Aunque los personajes están mal contruidos y las situaciones mal ambientadas, aunque el whisky es de garrafa, ha encontrado algo ahí. Me apunta el título y la editorial en un papel y nos despedimos.

Camino por el cementerio a oscuras. Pienso en mi padre. No siento nada demasiado fuerte. Recuerdo que lloré más cuando murió mi escritor favorito. Cuando mi amigo se estrelló con el coche. Cuando una antigua novia no ganó el Oscar al mejor corto de ficción para el que la habían nominado. Cuando el juez me declaró culpable por error.

Cierro los ojos y pienso en Borges (llamémosle así). El viejo que decía ser Borges, al que todos creíamos Borges, toda una leyenda. Contaban que lo cegaron con un prototipo de láser para que no desentonara con sus libros. Un profesional callado y comprometido. Hace muchos años, cuando yo sólo era un adolescente enamorado de los libros y desconocía la existencia de estos seres, recuerdo que fui con mi novia de la facultad a adorar a aquel ancianito de voz apagada y modales amanerados, a aquel ciego que se apoyaba en un bastón y que mecánicamente firmaba libro tras libro bajo aquel sol intenso.

Recuerdo que después nos tomamos una cerveza en una terraza, mi novia y yo, e intercambiamos nuestros ejemplares firmados, nos juramos un amor a plazo fijo y especulamos con la posibilidad de que ese señor no fuera el mismo Borges que escribía los libros.

Vuelvo a casa pasada la medianoche. Conecto en el equipo de música un disco de Van Morrison. Abro la bandeja de entrada del correo electrónico. Muchos pésames de colegas, de antiguos conocidos, de familiares lejanos que más que reconfortarme —por qué deberían hacerlo, saben perfectamente que no me duele lo suficiente, y si me doliera su solidaridad no me serviría de nada— pretenden reprocharme algo, tantos años de separación, de vida aislada en otra ciudad, de promesas telefónicas, impermeabilidad y viajes pospuestos. Un correo electrónico diferente. Asunto: Blancanieves y los espejos. *Cuando me miro en el espejo veo al viejo en el que se ha convertido el niño al que adoraba mi madre. Cuando miro las solapas de mis libros, te encuentro a ti. Nunca he sabido quién soy, ahora ya no sé ni quién escribe mis libros. Todos me alaban y tú me destruyes, y sé que solo puedo confiar en ti.* Lo elimino.

Mi agente me ha enviado un billete de avión para que vaya mañana al entierro. Cierro el portátil y programo el equipo de música para que repita la misma canción hasta el fin de los tiempos —me enamoraron desde el principio esas opciones de reproducción ad infinitum. Tomo un orfidal con un vaso de agua y me duermo repitiendo una frase de la canción: *It used to be so simple, it used to be my life.*

No recuerdo muy bien quién se puso en contacto conmigo para ofrecerme este trabajo. Sólo recuerdo que por entonces yo leía mucho y ganaba muy poco dinero con mis escasas apariciones en obras de teatro casi *amateur* y producciones de cine muy menores. Muchos han dicho que en aquellos años viví en París —apenas pasé dos semanas allí— y que salí como extra en una película de James Bond. Recuerdo que me dijeron que se trataba de uno de esos trabajos que ya no se pueden abandonar. Y entendí a qué se referían, más o menos. Sólo te lo explican después de estar dentro.

Cuando me despierto me dedico a revisar mi colección de fotos de escritores mientras espero a que el café hierva. He conocido a muchos de ellos y cada vez me cuesta más decidir cuál es mi foto

preferida. Sin duda los primeros tenían el encanto de los pioneros, la fuerza que hemos ido perdiendo los que hemos venido después. Hemingway no podía parecer más Hemingway. Durante sus años de Hollywood, Scott Fitzgerald no podía parecer más derrotado. Ahora nuestro trabajo es más fácil, aunque también más agotador, mucho más continuado. Me sobrecoge la fotografía de John Cheever (llamémosle así) en el jardín de una casa de los suburbios americanos. Me sobrecogen los decilitros de bourbon que hay bajo sus pupilas, las manchas de nicotina en sus dedos, el viejo jersey verde debajo de su americana de lana marrón. Sus zapatos de ante con la puntera desgastada. Su aspecto de marido servil, de padre humillado, de profesor de universidad venido a menos. Ese es el mérito de los buenos profesionales, me digo, adaptarse al papel como el cazador debe adaptarse al entorno. Vestirse, peinarse, mirar pensando siempre en la literatura.

Nunca me han gustado esos que sobreactúan, como esa foto de Nabokov en la que parece un imitador de Nabokov de tanto como representa todas las cualidades de la prosa de Nabokov. Nadie puede tener la apariencia plena de su prosa.

Me acuerdo del primer congreso de escritores pobres celebrado en 1994 en Barcelona. Recuerdo a Bolaño confundido en medio de nuestra presencia, empeñado en que habláramos de las peores novelas negras que nunca hubiéramos leído, o de cuántas películas de serie B habíamos sido capaces de ver en una misma noche. Bolaño era un intruso en nuestro mundo. Un humano en un planeta dominado por los zombis. De mi colección, me gusta la foto de Roberto porque nos marca el límite. Esa instantánea del desamparo bajo la lluvia que hay en la solapa de sus últimos libros tiene todo lo que nunca podremos conseguir los demás, por buenos que seamos.

En las reuniones de escritores se habla tanto de literatura como en las de modelos fotográficas se debe hablar de la moda para la próxima primavera. Se bebe bastante, se consumen drogas, se juega al póker y al fútbolín. Los sudokus y los crucigramas son entretenimientos muy populares, últimamente ha vuelto a ponerse moda el tetris.

Murakami (llamémoslo así) es muy bueno jugando al póker Texas. Igual que DeLillo. Paul Auster tiene mucho éxito entre las camareras de hotel, y nunca le faltan ocupaciones con ellas. Rodrigo Fresán y

Mario Bellatín —o Álvaro Enrígue, los confundo, no sé muy bien por qué, en cualquier caso al que conocí una vez— son apasionados jugadores del Mario Kart. Ballard era un gran jugador de billar de carambola. Fogwill y Salman Rushdie disputaban interminables batallas al ajedrez. Yo tengo cierta fama de taciturno.

En el avión me sirven otro café. Aunque el avión va prácticamente lleno tengo la sensación de que voy casi solo. Por primera vez en cientos de vuelos, mi asiento me resulta un lugar cómodo y amplio. Un pequeño reino. Estoy a punto de lamentar que sea un trayecto corto. Releo las líneas de una conferencia que debo dar la semana que viene en una pequeña universidad francesa. Sobre el fondo y la forma. Sobre las incestuosas relaciones que se establecen entre el uno y la otra. *La forma es el fondo en estos tiempos dominados por la imagen*, comienza mi charla. *Por mucho que los autores y los lectores sigamos practicando ese juego amañado, ese pacto decimonónico, de decir de qué va una novela*. Pienso en juegos decimonónicos, en los secretos que han cruzado la frontera del milenio sobre los hombros de unas pocas burras. En los asesinatos silenciados. En ese lema horrible que pretende justificarlo todo: el show debe continuar.

Llego a la extraña ciudad donde ayer murió mi padre confundido por el recuerdo de tantos maniqués a los que asesinaron cuando se murió la fuente —maniqués y fuentes es la terminología estándar en nuestro mundo— y de tantas fuentes cerradas al paso de la palabra porque el maniquí sufrió un accidente de tráfico del que no salió con vida. Un taxi me lleva hasta la iglesia.

Mi hermana me besa pero no me dice nada. Mis hermanos no se acercan a saludarme. Mis tías y algunos viejos amigos de la familia me agradecen que al fin haya venido. El sacerdote me reprocha que no viniera ayer, aunque lo entiende, y repite que mi padre murió en paz con Dios y pronunciando mi nombre. La iglesia está llena de conocidos de mi padre y de vecinos del barrio. Algunos me señalan como se señala al culpable a la salida de un juicio precipitado. Muchos murmuran sobre el papel que el mal hijo ha tenido en estos últimos veinte años. Sólo algunos de los más leídos me miran extrañados y se preguntan qué hace aquí Enrígue Vila – Matas.

CUENTOS PENDIENTES

1

Tengo diez días para escribir un cuento. No un cuento cualquiera, por supuesto, sino un cuento verdaderamente memorable, que vaya directamente al sistema linfático del lector y le provoque una infección duradera. Si yo fuera uno de esos guionistas de TV con verdadero talento —con verdadero pulso narrativo, como dicen ahora tan a menudo— no escribiría un cuento. O no sólo. Escribiría, quizá, también un cuento. Pero sobre todo escribiría una nueva y rompedora serie de TV sobre un escritor que tiene diez días para escribir un cuento. Y no uno cualquiera. Sino uno verdaderamente memorable. La historia se desarrollaría en tiempo real. Ya tengo pensados algunos encuadres, y algunas imágenes poéticas que sugieran el paso del tiempo (un cigarrillo consumiéndose y todo eso). Y si pudiera elegir me gustaría que el papel del escritor lo hiciera Jeff Bridges. Aunque sé que no escribiré la serie. E incluso si lo hiciera, él no querría salir en ella. Me falta verdadero talento. Carezco de eso que ahora llaman pulso narrativo. Estoy tan lejos como se puede estar de ser un escritor de esos que consiguen que te agarres con fuerza a los brazos del sillón del cine, y que te muerdas las uñas en el sofá de casa, viendo sus series de TV.

Yo ya había escrito un cuento para la nueva revista de mi amigo. Entre todos me habían convencido de que esa era, real y desesperadamente, mi última oportunidad. Así que escribí el mejor cuento que había escrito nunca. La historia de una chica que una mañana, cansada de todo, se guarda el mundo en la mochila y en vez de ir al instituto decide subirse a un tren para no volver nunca a su casa. Se llamaba “Llegando a Dublín”, porque Dublín (debido a un asunto entre erótico y artístico) era su destino final. Aunque la chica no llegaría nunca. Y yo era honesto con el lector del cuento, que desde el principio ya sabía lo que iba a pasar al final.

Ella era sin duda mi mejor personaje: una adolescente hermosa como un pecado, inteligente, decidida, débil, valiente, tierna. Pero mi amigo

me dijo que otro escritor había publicado recientemente una novela en la que una adolescente, también hermosa y valiente (pero qué adolescente puede no serlo), aunque más ideologizada y menos tierna, se escapaba de casa. Y —lo peor de todo— las dos adolescentes se llamaban igual. Además, me dijo, la crítica había alabado lo bien que el escritor, ya cincuentón, se había metido en la elástica piel de la adolescente, el gran oído literario demostrado para reproducir el habla juvenil. Mientras que mi cuento parecía escrito por un viejo verde nabokoviano, o al menos por un personaje tardío de John Updike. Y la verosimilitud era lo de menos. ¿Lo creíble? Aunque yo no hubiera cumplido los treinta, mi narrador era un viejo crepuscular, probablemente aquejado de disfunción eréctil.

Mi última oportunidad. Porque las dos anteriores habían terminado en fracaso. Yo soy Aquel que Osó Perpetrar una Versión Libre del cuento “Un día perfecto para el pez plátano”. Y también soy aquel que ganó un importante certamen de relato corto con un cuento de Eloy Tizón, ese que dice en sus primeras líneas: *En verdad os digo que la vida era perfecta, y existía sólo para que ellos dos la consumieran, y ella era Sonia y él era Víctor, vírgenes ambos, qué nervios, y nada de lo que existe puede ser más perfecto de lo que es en este momento en que lo digo: si soy más feliz me desintegro.* Y aunque Tizón me perdonó, e incluso me felicitó por teléfono, aquello me dejó marcado.

2

Salgo a la calle y me compro una de mis pequeñas libretas escolares de cuadros. Afiló la mirada y los lápices. Pongo música y luego la quito. Miro al techo, me asomo a la ventana. Escribo algunas cosas y las tacho enseguida. Contesto al teléfono cuando suena la primera vez y después lo desconecto. Tomo un par de cafés y anoto una frase: si el café es la gasolina del escritor, el café de máquina es, sin duda, gasolina adulterada.

Me acuerdo de los años en la escuela de ingeniería. De las épocas de exámenes en las que nos reuníamos en las mesas del pasillo para resolver, entre todos, aquellos problemas imposibles de Teoría de Circuitos. De los descansos para tomar un café de la máquina y echar unas manos rápidas al póker.

Pienso en escribir algo breve y emotivo, intenso, concentrado, que rememore esos años. Los problemas del primer piso compartido, los madrugones, las cervezas en la terraza, las alegrías, las depresiones, el futuro aún por colonizar, los suspensos cíclicos, una lesión de rodilla producida jugando al futbito. Las miradas furtivas a las piernas de las chicas en la biblioteca y el menú del día en la cafetería de la escuela. Tengo un tema y un tono, y casi un título: “Los muchachos”, o “Los ociosos”, según que la historia derive hacia algo más o menos cómico. Me pongo a ello.

3

El despegue de “Los muchachos”, o “Los ociosos”, fue abortado cuando la cuenta atrás iba por el seis. Vi que el cuento no respiraba bien y no respondía a las maniobras de reanimación. Y no quise que la explosión se produjera con los tripulantes ya en órbita. Quería evitar, a toda costa, que se produjera algo como lo del Challenger en el 86. Millones de niños estadounidenses estaban reunidos en los salones de actos de sus escuelas para ver el despegue del trasbordador espacial. Todos lo vieron explotar. Como en una de esas películas de catástrofes que pasan en la sobremesa del sábado. Pero más sucio. La muerte siempre acaba siendo, en la realidad, más sucia de lo que se esperaba. Igual que la sangre siempre es más oscura y viscosa, y huele peor —porque nunca se habla de eso, pero la sangre huele mal— de lo que nos imaginábamos.

“Los muchachos”, o “Los ociosos”, acabará en el limbo de todos esos cuentos que nunca conocieron el bautismo del ojo ajeno. Y quizá tenga suerte y allí conozca (e incluso puede que entable conversación) a algún cuento abandonado por Philip K. Dick, tal vez por Julio Cortázar.

Intenté reanimarlo de todas las maneras posibles. Cambié la época en la que sucedía y llené la universidad y las bibliotecas de jóvenes estudiantes que aún ignoraban los peligros del SIDA y la heroína y se paseaban sonrientes por el filo de una navaja sin esterilizar. Traté de introducir una historia de amor primerizo. Pero todos mis intentos sonaban demasiado falsos. Gaseosos, etéreos, impersonales.

Voy a la biblioteca y cojo un libro de relatos de Stanislaw Lem, una biografía de Raymond Carver escrita por su viuda y un estudio sobre

Bolaño en el que han participado muchos escritores. Cuando estoy escribiendo me cuesta concentrarme en la lectura, pero siempre me gusta tener a mano un libro que ojear. El libro sobre Bolaño va acompañado de un DVD. Lo conecto y me tumbo en el sofá a verlo. De alguna manera le doy la razón a los que dicen que el medio es el mensaje y la forma el fondo. No sé muy bien por qué. Es la primera vez que oigo hablar a Bolaño. Hay imágenes de una entrevista. Fuma, está muy delgado, el pelo le clarea en la coronilla, está hablando de la insuficiencia de la novela clásica. Nombra *Sobre Héroes y Tumbas* y *La invención de Morel* y algún otro título que olvido al instante.

4

Creo que lo que de verdad me gustaría es escribir uno de esos relatos de Lem con un astronauta desorientado al que le pesan demasiado las responsabilidades. Uno de esos cuentos del futuro pasado, con decorados de los sesenta y la sombra de los efectos de los alucinógenos en la mente del autor, con la amenaza soviética ahí afuera. Una fábula que sucede bajo la lluvia ácida en Venus y parece atemporal. Un mito griego trasladado al espacio interior.

Aunque en realidad, el relato que siempre he querido escribir es uno del que habla Varguitas en *La tía Julia y el escribidor*. La historia de unos chicos pobres que se tumban en la pista de despegue de un aeródromo para levitar con el aire que levantan a su paso los aviones que salen. Hasta que a uno de los muchachos lo absorben las turbinas de uno de los aviones y los demás dejan de verse.

5

El primer amor.

El primer polvo, la primera borrachera, la primera muerte de un amigo.

La última oportunidad.

Cualquiera debería ser capaz de escribir un cuento con alguno de esos elementos. Aunque ya estén muy manoseados, siempre será posible aportarles un toque personal, o apelar a un lector hasta entonces indiferente.

Anoche estuve viendo una película irlandesa en la televisión. Trata de un músico callejero que consigue grabar sus canciones. Aunque en realidad habla de amor. De amor en Dublín. De un amor escondido detrás de otro. Hay una chica inmigrante que le ayuda con su música y es la que lo anima a seguir adelante. Una de esas chicas por las que uno nunca perdería la cabeza pero por las que estaría dispuesto a dar la vida. La primera vez que ella va a su casa él le propone que se quede a pasar la noche. Hace mucho que no estoy con una mujer, le explica. Después de haberse expuesto así ante ella, se esconde en el amor de una antigua novia que emigró de Dublín a Londres, y al final del film, con su primer disco ya grabado, se va a Londres, con la excusa de buscarla. Y ella lo anima a hacerlo.

Tengo una nueva situación de partida para mi cuento. Tengo a un adolescente de una ciudad de provincias, locamente enamorado de la chica más guapa. Estamos a principios de los setenta, y todos visten aún tabúes. Van juntos al cine, con todos sus amigos, y a él le toca sentarse a su lado. Van a ver una película protagonizada por una actriz que se parece mucho a ella. Una película en la que a él le excita la actuación de la actriz y se atreve a tocar a la chica. Y ella se deja tocar.

Necesito localizar a mi actriz favorita de esos años. La actriz de la que yo mismo me enamoraría más locamente. Sin duda es Jean Seberg. Pero no creo que ellos fueran a ver ninguna de sus películas. Quizá Faye Dunaway en *Bonnie & Clyde*, o Mia Farrow en *La semilla del diablo*.

La chica del cuento no tiene nombre. Y ya no va a ser la chica más guapa. Será, mejor, la amiga de la chica más guapa. O su hermana. Una de esas chicas especiales por las que uno no perdería la cabeza pero por las que estaría dispuesto a dar la vida.

6

Anoche tuve dos sueños.

Primero soñé con la adolescente que protagonizaba mi relato “Llegando a Dublín”. Nos encontramos en una cafetería del centro. Una de esas cafeterías revestidas de madera y con enormes

ventanales desde los que se puede ver el mundo y se tiene la sensación de que la humanidad vive, sin saberlo, dentro de una gran pecera. Estuvimos hablando de lo absurdo de su vida, de la cruel existencia inédita de su fuga. Se le habían acabado el tabaco y los chicles. Las medias de lana de colores se le habían llenado de rotos. Ya no quería seguir leyendo el mismo libro de Clarice Lispector una y otra vez. Le dije que no podía hacer nada, y le conté la historia del novelista cincuentón que había escrito sobre una adolescente con su mismo nombre. Ella me pidió que la dejara ser la chica de la que se enamora el protagonista de mi nuevo relato. La amiga de la chica más guapa. O su hermana. También hermosa como un pecado, inteligente, decidida, débil, tierna, valiente. No podía ser, y los dos lo sabíamos. Yo tampoco iba a terminar de escribir ese cuento. Nunca veríamos Dublín. Pero mantuvimos la esperanza. Callados los dos, cogidos de la mano, logrando ese silencio tan perfecto que sólo se logra a veces, y sólo con algunas personas.

El segundo sueño se me ha olvidado mientras anotaba el primero.

7

A los veinte años lees a Bukowski. Cuando abandonas a Bukowski empiezas con Bernhard. Y notas la diferencia. Hasta que terminas con toda la obra de Bernhard y te quedas vacío durante un tiempo. Entre tanto, nunca dejas de leer a Salinger. Por si acaso.

Y un día, por uno de esos aniversarios, editan un nuevo libro de Bernhard. De repente. Y lo compras el mismo día de la salida. Y lo acabas en una mañana. Y después sales a la calle a reproducir uno de sus textos.

Me ha llegado el dinero que me debían por mi último relato publicado. Esta noche tengo que ir a un acto literario local, a aplaudir la presentación de una nueva traducción de un famoso libro de Kawabata que más de la mitad de los asistentes nunca habrán abierto. Con el dinero del cuento he ido a comprarme una camisa nueva. Y una chaqueta de piel. Siempre he pensado que un escritor de relatos debe tener una chaqueta de piel, y gafas y barba, y si puede ser una pipa llena de tabaco turco, con la que posar en las solapas del libro.

Una canción: *Desde que no nos vemos*, de Enrique Urquijo. La banda sonora para mi cuento. Todas mis historias tienen siempre una Banda Sonora Original. Creo que todas las historias tienen siempre una música y una imagen que las acompañan.

He decidido que mi cuento será una historia intimista y musical. El llanto prolongado de un narrador abandonado por su novia que se pone a recordar lo que sintió cuando su cantante favorito fue encontrado, muerto por una sobredosis, en un frío y oscuro portal. Y lo que sintió, nuevamente, muy parecido, cuando su segundo cantante favorito murió, diez años después, también consumido por las drogas. Un narrador treintañero pero inmaduro, que coquetea con la idea de embarcarse hacia Dublín.

Anoche tuve otro sueño bastante literario: Thomas Bernhard me denunciaba por haberle copiado la idea de aprovechar el dinero que me debían por un texto para comprarme una camisa nueva y una chaqueta de cuero. Por no tener nunca una camisa bien planchada en el armario y depender de familiares con buenas intenciones. Íbamos a juicio. El proceso se producía en un psiquiátrico suizo, ante un tribunal presidido por un señor de aire muy serio. Juré decir toda la verdad sobre una edición de bolsillo (la mía) del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein. Mi abogado defensor era Eloy Tizón. Fui declarado culpable y condenado a despertarme angustiado. Esta mañana me dolía la espalda de manera especial.

Lo primero que hago, después de desayunar, es leer un cuento de Haruki Murakami que se llama *Un día perfecto para los canguros*. He leído ya bastantes libros de Murakami y aún no tengo claro si es un escritor que me gusta. Lo cual lo convierte, como mínimo, en un escritor interesante. Me pasa algo parecido con Stephen King. Son, supongo, dos escritores con verdadero pulso narrativo.

Coqueteo con la idea de copiar el cuento. Como Pierre Menard, no sólo copio, sino que reinterpreto. Sería muy distinto que yo dijera: Y, de ese modo, transcurrió todo un mes. *Porque un mes, en verdad, pasa en un abrir y cerrar de ojos. No logro recordar qué diablos estuve*

haciendo durante todo ese tiempo. Me da la impresión de que hice muchas cosas y, a la vez, de que no hice nada. La impresión que produciría no se parecería en nada a la que produce su libro.

El título, por supuesto, me recordó mi cuento preferido de J. D. Salinger. Aquel que osé versionar.

Pero este ya no es momento para atrevidas versiones de mis relatos preferidos. Mañana debo entregarle a mi amigo el editor de la revista un cuento, y no uno cualquiera, sino uno memorable.

Murakami aparece en la biografía de Carver que estoy leyendo. Murakami había traducido algunos relatos de Carver, según cuenta su viuda, y ellos viajaron a Japón para conocerlo. En el libro hay bastantes fotografías de Raymond Carver en sus giras y conferencias. Hay una en la que me he quedado detenido durante al menos quince minutos. Un cuarto de hora mirando la misma fotografía. ¿Qué se veía? Nada especial, realmente. Carver con un frac con pajarita, en una habitación de hotel japonesa. Y me fijo en lo alto que era. Su cabeza casi choca con el marco de la puerta. Eso es mucho, incluso estando en Japón. Parece un aguerrido ala —pívol, de esos que cogen más rebotes y reciben más faltas personales que puntos encestan. Esta noche, por cierto, juega mi equipo de baloncesto favorito en la TV. Pero no podré verlo, porque tengo que terminar mi cuento. Según el libro, Murakami le construyó una cama especial a Raymond Carver para que durmiera durante su estancia en Japón. Al parecer no era posible encontrar en todo el país camas que soportaran su peso y de las que no se le fueran a salir los pies.

Un tipo afable Carver. Un grandullón desorientado con gafas pasadas de moda.

En sus ojos de alcohólico rehabilitado adivino esa sensación de sorpresa, de estar viviendo una prórroga inesperada, tan común en los ojos de algunas personas que en la barra de un bar marean una tónica y hablan muy despacio y sin mirar a nadie a los ojos. Vuelvo a poner el DVD y encuentro algo parecido en la mirada de Bolaño. Él sabía que iba a morir pronto, y sentía que cada día vivo era una oportunidad de escribir algo grande. Cuentan que a veces le gustaba pensar que en realidad había muerto cuando sufrió su primer fallo hepático, y que los últimos diez años de su vida fueron irreales. Otro escribía sus libros.

Creo que la frase es de Nietzsche: La madurez del hombre es haber recobrado la seriedad con la que jugábamos cuando éramos niños.

Un rumor literario: Julio Cortázar tenía una habitación en su casa en la que se sentaba, cada día, a jugar con viejos trenes eléctricos y anacrónicos cochecitos de cuerda. Dicen que así se inspiraba.

Registro en todos los altillos de casa y encuentro algunas cajas de muñecos de Playmobil y un viejo Scalextric. Cierro la puerta de mi estudio y desparramo los juguetes por el suelo. Y me tumbo panza abajo a jugar. No consigo que sea tan divertido como entonces, pero no está mal. No escucho el persistente timbre del teléfono. Ni consulto la bandeja de entrada del correo electrónico. Ignoro la persistencia con la que alguien llama al timbre. Quizá no vuelva a salir de aquí. Me haré fuerte en la habitación de los juegos con la ayuda de mis nuevos ejércitos y nadie podrá expulsarme.



Matías Candeira

Madrid, 1984

Es escritor y guionista, licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid y Diplomado en Guión cinematográfico y de Televisión por la ECAM. Desde el año 2009 imparte talleres de escritura creativa y relato breve en la Escuela de Escritores de Madrid, y entre 2010 y 2011 ha disfrutado de una beca en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores.

Su trayectoria ha sido avalada por numerosos premios literarios de prestigio, entre otros muchos, el Premio de Cuentos Ignacio Aldecoa, el Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid o el Premio Internacional de Narrativa Tomás Fermín de Arteta.

Es autor de los libros *Antes de las jirafas* (Páginas de espuma, 2011) y *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo editores, 2009) y del guión del cortometraje *Fase terminal*, estrenado en la SEMINCI de Valladolid y seleccionado en varios festivales nacionales e internacionales. Ha colaborado, entre otras, con la revista *Quimera*, *Turia*, *Ribera del Duero* o *The fine wine magazine*. Asimismo, muchos de sus textos han sido recogidos en antologías de prestigio como *Mi madre es un pez* (Libros del Silencio, 2011),

Pequeñas resistencias 5 (Páginas de espuma, 2010),
Chéjov comentado (Nevsky prospects, 2010), *Aquelarre*
(Salto de página, 2010) o *Siglo XXI:*
los nuevos nombres del cuento español actual
(Menoscuarto, 2010).

>Contacto

610355565

matiascand@gmail.com.

www.besarteenundelorean.blogspot.com

www.twitter.com/matiascand



Pablo Escudero Abenza

Orihuela (Alicante), 1984

Soy licenciado en Ciencias Físicas, en la especialidad de Física Fundamental, por la Universidad Complutense de Madrid.

Tengo un Máster en Enseñanza de Matemáticas por la Universidad de Alcalá de Henares. Actualmente trabajo como profesor de Matemáticas de secundaria.

Tengo formación como Corrector de Estilo y Lector Editorial. También realicé un curso de Guión de Cine en la Escuela de Escritura de la Universidad de Alcalá de Henares.

En octubre voy a comenzar un Máster en Teoría de la Literatura en la U.N.E.D.

Soy un lector bulímico y desordenado. Adicto a la letra impresa y también cinéfilo. Leo de todo, y dentro de mis preferencias literarias siempre han estado los relatos cortos. Algunos de mis autores preferidos son (no necesariamente en ese orden) Julio Cortázar, Roberto Bolaño, Paul Auster, Enrique Vila-Matas, John Cheever o J. D. Salinger. Empecé a escribir supongo que por imitación, y escribo (principalmente relatos) con regularidad desde hace unos 7 años. Tengo algunos relatos publicados, todos ellos como consecuencia de mi participación en premios literarios. En 2004, Mención de honor en el concurso de cuentos del Ayuntamiento de Loja (Granada), por el relato

Asesino limpiando el arma frente al mar. Relato publicado por dicho Ayuntamiento.

En 2006 y 2007, finalista en el concurso de relato para jóvenes Ana M^a Aparicio Pardo, convocado por la asociación cultural del mismo nombre, de Torre Pacheco (Murcia), por los relatos *Tiempos modernos y Olivetti's Blues*. Publicados en 2009 en un libro conmemorativo de los cinco primeros años del concurso.

En 2008, fui uno de los diez finalistas del Certamen Jóvenes Talentos convocado por Ámbito Cultural de El Corte Inglés y la editorial Booket (Grupo Planeta) por el relato *Una llamada transoceánica*. Editado por la Editorial Booket en una edición promocional con tirada de 50.000 ejemplares.

En 2009, accésit del Certamen Lletres Noves del Ayuntamiento de Santa Pola (Alicante), por el relato *Un encuentro*. Todavía pendiente de publicación.

Tengo terminada otra colección de relatos más larga (inédita), y en la actualidad estoy trabajando en una nueva colección de relatos, en un guión para un corto y en una nouvelle de ciencia ficción.

>Contacto

625 80 97 64

pabloescudero921@hotmail.com

